3 1761 07048605 5

Dolbeau

DERECHOS DE AUTOR

Todo ejemplar que circule
sin esta estampilla será
considerado ilegal.

RUBÉN DARÍO

VARGAS VILA

RUBÉN DARÍO

MADRID
V. H. DE SANZ CALLEJA.—EDITORES
CASA CENTRAL: MONTERA, 31.—TALLERES: RONDA DE ATOCHA, 23

LIBRERIA CASULLERAS
CLARIS, 15-BARCELONA

PQ
7519
D3Z95

Derechos reservados de
reproducción y traducción.

YA cesó el gemido de las Muchedumbres, que como olas aullantes seguian el Féretro;
de aquel que llenó el Mundo, con la música suave de sus versos;...
de los panegiricos;
y la apologética;
y los ditirambos;
cesáron los ecos;
las unas, se dispersaron por la Vida;
los otros, por los vientos. . . . . .
se deshojaron las rosas pálidas;
sus pétalos dispersos, fueron los unos, hacia las montañas obscuras;
los otros, hacia las olas de los lagos quietos;

se apagaron los cirios votivos,
cerca del sepulcro recien abierto;
se oyó el concierto de las hojas
secas, cantando en sus vuelos, como
si cantaran los extraños sueños de
aquel que fué: el Orfebre Divino del
Verso;
los laureles, se hacen mustios, en
los mudos senderos;
el Muerto, está solo;
se pudre en su Féretro;
ya llega el Olvido;
ya llega el Silencio;
ya se sientan juntos, sobre la
tumba del Poéta Excelso.

* * *

ES necesario disputar la presa a
esos grandes Espectros;
matar el Olvido;
violar el Silencio;
y, degollarlos ambos, sobre la
tumba del Aeda;
y, soltar sobre ella, el enjambre
luminoso de las abejas de Delfos.

* * *

HABLEMOS de ese Muerto;
evoquemos al Homérida Sublime, hermano de Virgilio y de Terencio;
al de la lira de oro, ornada de crisantemos;
que se alce la columna, sobre el zócalo;
y, encima el Estilita Inmovil:
el Recuerdo.

* * *

YO, no escribo la vida del Poéta;
solo escribo fragmentos;
este libro, es un Memento;
lo formo, arrancando las páginas de un libro mío, inédito;
mi libro de Memorias que ha de serme póstumo;
describo los momentos, en que los rudos vientos del Destino, trajeron la barca del Poéta, cerca a la barca mía, y, su Vida, se mezcló a mi Vida;
fortuitos encuentros, de dos argonautas,que recorrían el mismo Peripléo...
Ulises es: el Hombre....

el Viajero Perpetuo....
siempre fijos los ojos en la Itaca lejana....
y, todos regresamos a ella.
Itaca, es la Ciudad Doliente del Misterio.
Penelope, es: la Muerte;
y, nos espera de pié, sobre la linde de su Imperio.

* * *

YA el Poéta entró en él;
me precedió en el triste derrotero;
murió en el Otoño de la Vida, cuando era aún húmedo del jugo de las vides, el oro del follaje;
yo, entro en el Invierno, donde la orografia de los paisajes se hace blanca, con un blanco de argento;
¡cómo mi Viaje es largo!....
me parece eterno....
mi Vida, es ya una *Via Appia*, ornada de sepulcros;
me precede una legion de muertos;
cada día, uno de ellos, desgarra los cendales del Misterio....

ayer fué ese cisne archidivino,
que hizo blancas las olas del Letéo,
al extender sobre él, las alas níveas....
sentado al borde de mi tumba, repaso mi libro de Recuerdos, a la luz de ese sol oblicuo y pálido que ilumina el sendero de los muertos;
arranco estas páginas;
y, las doy a los vientos;
rosas de mis rosales solitarios;
caidas sobre el lago del Misterio;
dónde con un collar de estrellas en el cuello;
boga el Divino Cisne....
seguido por la ronda de sus Versos.

VARGAS VILA

París, 1917.

CAPITULO PRIMERO

Era en 1894

FANTASTICO y, luminoso, con el atractivo de una gema cabalística, el nombre de RUBEN DARIO, aparecia en América, con el prestigio de sus rimas raras y exquisitas;

un Tirano Poéta, que había fatigado por igual, el Crimen y, el Poder, y, había violado con igual insolencia las Musas y, las Leyes (1),

---

(1) Rafael Nuñez, Déspota Colombiano.

había nombrado a Dario, Cónsul de su Dictadura en Buenos Aires;

para espresar su gratitud, el Poéta, de rodillas, deshojó las más bellas flores de sus rosales líricos a los pies del Herodes Taciturno, que entre los arrecifes de la costa, cerca al divino mar azul, deshonraba tanta belleza, con el bochornoso espectáculo de su Despotismo y, de su bigamia;

yo, que desde mis periódicos, en New York, atacaba rudamente al Poeta-Tirano, ataqué con igual vehemencia, al Poéta-Cortesano, y, azoté con mi pluma, las espaldas encorvadas del Apolónida....

el Poéta, tembló, sin defender su manto de auriga de César, desgarrado por mi ultraje....

poco después, pasó por New York, para su sede consular;

se ocultaba de mí;

una mañana, me encontré en el Elevado de la sexta Avenida, con aquel encantador y amable espiritu que era Bolet-Peraza, que por aquel entonces se dedicaba, con igual ahinco, a hacer pildoras tocológicas y, reputaciones literarias, para el reclamo

de las cuales, tenía un periódico, en el cual fabricó, no pocas *reputaciones;* algunas de las cuales, han sobrevivido a su inventor, como las pildoras.

—Dario, está aquí—me dijo—en el Hotel América, ¿no va usted a verlo?

dije a Bolet, las razones de mi encono;

no las podía comprender aquel amable excéptico, que había sido Ministro de la Dictadura de Andueza, y debía serlo luego de la de Cipriano Castro;

al dia siguiente, recibí en mi oficina, una tarjeta de José Marti, que decia.

«Comemos hoy, con *nuestro* Dario, y, contamos, con *nuestro* Vargas Vila.»

senti mucha indignación, ante aquella promiscuidad de conceptos y, me excusé en una esquela displicente que Martí, encontró *excesiva*, según me lo dijo luego Gonzalo de Quesada, que como Secretario de Marti, fué de los de la comida;

pocos dias despues, Dario partia;
sin habernos estrechado la mano;
sin haber sido amigos.

CAPITULO II

Era en 1896

YO, viajaba por Europa;

y, fuí a Grecia;

un percance marítimo, ocurrido en las costas de Sicilia, dió lugar a la noticia de mi muerte;

por primera vez, el macabro *canard*, atravesó el Océano, y, fué volando del uno al otro extremo del Continente Americano;

se habló de mi suicidio, en unión de una bella artista;

y, se fantaseó de lo lindo, en torno de ese tema;

amigos, y enemigos, hicieron derroche de odio y de bondad;

y, esa vez, como otras luego, me fué dado acariciar los laureles, y, las ortigas, nacidas sobre mi tumba;

entre todos los articulos necrológicos, escritos entonces, dos llamaron mi atención, por lo bellos y, lo sinceros: el de la Señora Cabello de Carbonera, publicado en un diario de Lima, y, el de Ruben Dario, aparecido en la «Nación» de Buenos Aires;

el Poéta, me rememoraba tristemente diciéndome:

«*¡Amable enemigo mio! como en la tumba de la «Aphrodita» de Pierre Louys, pondría en la tuya un conmemorativo y sonoro epigrama, en un griego de Nacianzo; y dejaría para ti y para tu bella desconocida,—¡así tendría a Venus propicia!—¡rosas, rosas, muchas rosas!*»

un dolor anacreóntico, volaba sobre esas páginas, tan bellas, como el alma de aquel que supo siempre la palabra reveladora, de las más

altas formas de la Belleza, y, la Armonía;

le escribí una carta pública—que según alguien me contó años despues—hizo llorar al Poéta;

esa carta, fué el sello de nuestra amistad, que había de ser tan larga como sincera....

ella unió nuestras almas, y, nuestras manos, en una comunión espiritual, a través del oceano, lleno del perpetuo:

buffi di vento, da rumori arcani.

y, fuimos amigos;

a distancia.

CAPITULO III

Era en 1900

PARIS estaba en plena Exposición;

yo, vine de Roma, donde residía entonces.

Dario, vino de la Argentina;

me lo hizo saber así, por una esquela;

fuí a verlo, en unión de Ramón Palacio Viso, que ya sentía por él, una juvenil y entusiasta admiración;

el Poéta vivía, en la *rue du Faubourg Montmartre*, en el mismo apartamento con Gomez - Carrillo, a quien yo conocía ya, por habermelo presentado Miguel Eduardo Pardo, en 1894, en el Quartier Latin.

Dario, apareció ante nosotros, ya fantosmal y enigmático;

era aun joven, bien plantado, la mirada genial, el aire triste;

todas las razas del mundo, parecian haber puesto su sello en aquella faz, que era como una playa que hubiese recibido, el beso de todas las olas del oceano;

se diría que tenía el rostro de su Poesia, oriental y occidental, africano y, nipón, con una perpetua vision de playas helenas, en las pupilas soñadoras;

y, apareció como siempre, escoltado del Silencio; era su sombra;

el don de la palabra le habia sido concedido con parsimonia, por el Destino;

el de la Elocuencia, le habia sido negado;

la belleza de aquel espiritu, era toda interior y profunda, hecha de

abismos y de serenidades, pero afona, rebelde a revelarse, por algo que no fuera, el ritmo musical, y, el golpe de ala sonoro;

la vida toda estaba, en aquellos ojos taciturnos, de internos horizontes desmesurados, donde parecia flamear una cordillera de volcanes, con las llamas atemperadas por el humo de sus propias exhalaciones;

bajo la calma búdica y somnolienta, de aquel que parecia un bonzo de marfil, se veía como en un cráter momentaneamente extinto:

il foco eterno
ch'entro l'affoca....

y, nos separamos del Poéta, de *frontem duriorem*, que era ya un hermano de nuestro corazón. . . .

. . . . . .

. . . . . .

Me hospedaba yo, por aquel entonces, con César Zumeta y Palacio Viso, en casa de una bella y espiritual dama, espejo de todas las elegancias, y, de todas las exquisiteces mentales, la Señora Smith de Hamilton;

esta dama, como todas las mujeres inteligentes y, cultas, de nuestra raza, amaba los versos de Dario, y, deseaba conocer al Poéta;

lo deseaban sus amigas, un grupo de bellezas, espirituales, que musitaban estrofas de la «Sonatina», y, deshojaban como Margarita, la misteriosa flor del porvenir;

se convino en que lo invitariamos a comer;

y, lo invité.

Dario, vino;

y, ¡cosa rara! vino a la hora fija;

llegó silencioso, sonambúlico, con esa seriedad medrosa, que le venia de su propia timidez;

gran emocion en las Señoras;

imperturbabilidad en el Poeta;

las señoras conversaban;

el Poéta sonreía;

esa sonrisa, era lo único que turbaba su serenidad de Idolo malgacho;

nada mas bello, que la sonrisa de Dario; era una flor de candor, arrancada de los jardines del Ensueño;

la conversación, languidecía cuando el criado anunció:

—La Señora, está servida....
gran alivio para nosotros;
Zumeta, Palacio, y yo, nos miramos;
estabamos salvados;
habiamos temido el naufragio del Poéta, en ese mar de su Silencio, en torno al cual, las bellas nereidas empezaban a hacerse burladoras;
fuimos al comedor....
continuó la sesión de silencio, por parte del Poéta;
nada lo sacaba de su actitud monosilábica....
con su volubilidad habitual, las señoras terminaron por prescindir de él, y la conversación se hizo animada al calor de los buenos vinos;
se habló de amor;
se contó una reciente historia muy conmovedora...
Dario, lloró....
al ver llorar al Poéta, nuestra bella anfitriona lloró también;
lloró, la dama sentimental;
lloró la niña romántica;
lloró la vieja Señora....
aquello fué una sesión de llanto a domicilio;

solo Zumeta, Palacio Viso, y, yo, no llorabamos;

haciamos esfuerzos inauditos para no reir;

la romántica comida tuvo fin;

volvimos al salón;

las señoras, decaidas en su esperanza de oir bellos versos, dichos por los labios del Poéta, renunciaron a forzar la barrera de su silencio, y, se ocuparon de música y, de otras cosas;

y, el Poéta quedó en su aislamiento; él, que amaba tanto las mujeres, sus perfumes sujestivos, las sonrisas de sus labios, y, el contacto de sus manos;

la sociedad, no era su reino;

no había nacido en ella, ni para ella;

no quisimos prolongar su tormento, y, salimos con él, a la calle;

entonces habló y, fué ameno, pero nunca locuaz....

la boca de ese Poeta, era un panal cuyas abejas no volaban nunca, y, la propia colmena las tragaba....

nos separamos en la Place Wagram;

y, se alejó de nosotros; erecto, silencioso, espectral.

CAPITULO IV

Era en 1900

EN Roma.

Dario, llegó para las fiestas del Año Santo;

me visitó, en unión de un millonario sud-americano, cuyo nombre no recuerdo; analfabeto, ostentoso y gárrulo;

yo, era entonces Ministro del Ecuador, en Italia;

invité a Dario, a comer en el Restaurante Colonna;

fué una comida, de intimidad espiritual y, deliciosa;

los yacimientos vírgenes de aquella alma, se mostraron a mis ojos, en el raro esplendor de sus riquezas;

el Poéta de los poétas, mudo ante las multitudes, era en la intimidad, si no rico de espresiones, ni fastuoso de imágenes, sí lleno de un encanto secreto, que le venía de su sinceridad;

dos cosas le sorprendieron en mí: mi ateismo y mi soledad;

y, hubo algo que lo arrojó de lleno en la estupefacción:

saber que a pesar de mi alto cargo, yo, no usaba uniforme, y había tenido incidentes desagradables, con algunos colegas mios, por este mi raro horror a la librea;

eso, no lo comprendia el Poéta, que amaba ya, los galones, los dorados, los espadines, los tricornios, las cruces, toda la parte ostentosa, vistosa y ornamental, de la vida palatina;

su asombro subió de punto, al saber, que yo no pertenecía a ningun circulo, no era amigo de ningun

Principe, y habiendo vivido años en Roma, no conocía al Papa;

él, tenia ya su tarjeta, para ir al Vaticano, con la peregrinación argentina;

sentia una gran veneración por esa momia de cera y talco, que era León XIII, al cual atribuia la politica seudo-democratica y el liberalismo florentino, del Cardenal Rampolla;

pocos días después, me leyó lo que había escrito sobre el Papa, y, que publicó luego, creo que en su libro «*Peregrinaciones*»;

viajaba por cuenta de «La Nación» de Buenos Aires.

Palacio Viso, lo acompañó en su gira por las grandes basilicas romanas;

en *San Pedro*, besó con unción el pie asqueroso del Santo, mellado por los labios de millones de peregrinos;

cuando sintió el grito delirante de las muchedumbres idolatras, al paso del Papa, él, también gritó;

«¡viva el Papa-Rey!»;

y, con su admirable don de lágrimas, lloró al paso de la comitiva fanática y grandiosa, que llevaba en

hombros al Pontífice, haciendo de aquel Idolo Vetusto, el Simbolo tangible de su estupidez abyecta y, gregaria....

cuando todos se prosternaron, el Poéta se prosternó, y costó trabajo arrancarlo de sobre las lozas frías, dónde quedó postrado en una especie de hipnosis;

en *Santa Maria la Maggiore*, siguió una procesión cirio en mano, y, se licuó en lágrimas, oyendo la plática de un fraile franciscano, venido de Volterra, para predicar en Roma;

en *San Giovanni Laterano*, el Poéta iba absorto, contemplando los armoniosos ábsides, las volutas atrevidas, las cúpulas oro y azul, cuando sintió sobre su cabeza, algo como el rozamiento de una ala;

asombrado, alzó a mirar, y, vió que se retiraba lentamente aquello que lo había tocado; era la caña del Pescador, que desde las sombras de su confesionario, un Sacerdote, arrojaba al paso de los peregrinos, para llamarlos a la Penitencia.

Dario, quedó alelado, ante el gesto de aquel pescador de almas;

la caña volvió a tocarlo;

el Poéta juntó las manos, cayó de rodillas, y como un pájaro fascinado por la serpiente, anduvo así, hasta el confesionario;

entró en la sombra violeta, y la suave cortina lo ocultó;

cuando se alzó de allí, tenía tal aire de contrición, que daba pena mirarlo;

ya fuera de la Basílica, sobre el atrio bañado de Sol, la fascinación religiosa, empezó a evaporarse lentamente;

hacía un calor senegalés, sobre la plaza, hecha un estuario de fuego.

Dario, dijo su eterno voto de Cristo sitibundo:

—Tengo sed....

su acompañante lo invitó a aplacarla, en la más cercana hostería de la campiña romana;

tomaron el coche;

salieron por *Porta San Giovanni*, hacia *i Santi Spiritti*, y se detuvieron en el *Pozo de San Patrizzio*;

alli, el delicioso vino de Frascati, y los de *i castelli romani*, aplacaron la sed del Poéta, y calmaron lenta-

mente los ardores de su contrición....

esa noche partió para Napoles, sonriente y feliz, rota ya entre sus manos la caña del Pescador....

iba tal vez a llenar de nuevo la escarcela vacia de sus pecados, a poner nuevos besos sobre labios escarlatas, cerca al mar azul, coronado de cipreses.

* * *

Cinco días despues;

recibi un telegrama de Dario; que decia:

«Llego esta noche, de paso para Florencia, desearía abrazarlo en la estación»;

yo, no hago a nadie el homenaje de ir a recibirlo;

pero, Dario;.... ya empezaba yo a sentir debilidad por aquel Genio inerme, desarmado ante la Vida, y, que pedía a grandes gritos, ser protegido y admirado;

es el Genio de Dario, lo que ha hecho mi admiración por él, pero es

la debilidad de Dario, la que ha hecho mi cariño y mi amistad por él;

en Dario, el Poéta impone la admiración; el Hombre, pide la protección;

es un niño perdido en un camino; hallandose con él, es preciso darle la mano y acompañarlo un largo trayecto, protegiendolo contra su propio miedo;

¿qué importa que al caér de la tarde, haya que dejarlo en el mismo sendero, dormido a la sombra de las vides que lo embriagaron?... No ejoven, que pide, no a sus hijos, sino a sus hermanos, ser cubierto con un manto, mientras las abejas del Himeto, bajan a beber dísticos armoniosos, en el sumo de la vid, quedado entre sus labios

. . . . . .

a las nueve y media de la noche, estuve en la estación;

llegó el tren.

Dario, con su aire de poseido, y una maleta en la mano, apareció en la puerta del wagon;

miró desconcertado a todos lados;

me alcanzó a ver;

vino hacia mí, cariñoso y agradecido, y me abrazó;

dijo en el acto, sus palabras sacramentales.

—Tengo sed...

fuimos al buffet de la Estación.

—A las once pasa el otro tren, le dije.

—Tenemos tiempo—me respondió muy tranquilo;

dimos la maleta a un *facchino* para que la cuidara, con orden de avisarnos a la llegada del tren;

y, nos sentamos a una mesa;

pedimos cerveza...

hablamos de Nápoles, de Sorrento, de Capri; de ese divino pais, y esos divinos paisajes, que parecian venir grabados en las pupilas del Poéta, y surgir u ocultarse, brillar o palidecer, segun los grados y el poder de la evocacion.

Dario, que tenía el poder de la imagen escrita, no tenía el poder de la imagen hablada; era un imaginativo interior, cuyas emociones mentales, muy profundas, se cristalizaban luminosas en su cerebro, como un inmenso monte de es-

talactitas, en cuyas galerias subterraneas, la luna hace derroche de mirajes, bajo las alas del Silencio Omnipresente, que con un dedo sobre los labios, vela a la puerta de aquel Templo del Prodigio, habitado por un dios;

el Poéta, tenía el don y la voluptuosidad de escuchar, como todos los comprensivos;

se notaban las fruiciones deliciosas de su espiritu, al escuchar una bella imagen, un pensamiento audaz, una metáfora atrevida;

amaba con delirio las bellas frases, y, las aplaudia sin reserva:

—¡Admirable! ¡admirable! era su exclamación favorita...

el tren para Florencia llegó;

el *facchino*, vino a avisarnos;

y, Dario dijo:

—Un momento...

y, continuó en beber y en escuchar;

el tren pitó...

Dario no se movió...

—Vamos, dije, poniendome de pie;

—Un momento,— dijo Dario, y continuó sentado...

Se va el tren, le dije, y guardó silencio;
me senté desalentado;
entonces, Dario dijo:
—Tengo hambre;
rescatamos la maleta y pasamos al comedor.
Dario, pidio de comer;
yo, pedí café...
Dario, tenía la voluptuosidad de la mesa, como todas las voluptuosidades;
era en eso, un exquisito y, un refinado;
y, aunque esa noche no tuviera nada, sobre que ejercer su buen gusto, comió con apetito;
continuamos en conversar Arte y Literatura;
él, tenía el horror de la política;
dieron las doce...
el *pousse-cafe...*
dieron la una...
Dario bebía... envuelto ya en ese silencio que le era habitual en esos casos...
yo, callaba...
—Vamos a buscar un Hotel—le dije;

asintió;

fuimos a la *Via Cavour*, muy cerca de la Estación, a donde hay muchos hoteles;

en uno de ellos, pedí una habitación, feliz de dejar al Poeta instalado y, poder partir;

subimos;

ya en la habitación yo quise despedirme...

—Tengo sed—volvió a decirme...

y, se dispuso a salir de nuevo;

yo, que no tengo el hábito de trasnochar, empecé a arrepentirme de haber salido a su encuentro;

visto que el camarero, no podía proporcionarnos nada, porque el servicio de los hoteles, termina a las doce, salimos de nuevo a la calle;

tomamos un coche, y di la dirección del *Caffe Aragno*, el mas serio y mas *chic* de Roma, entonces que no se había abierto aún el *Faraglia*;

llegamos.

Darío pidió cognac;

yo, café...

le indiqué principes, duques, y escritores;

se sorprendió, de que yo, no fue-

ra amigo de ninguno, sobre todo de los últimos;

le confesé, que yo no había visitado nunca la Redacción de un Diario, en Roma, como no las he visitado en Paris, en Madrid, en New York, en Barcelona, en ninguna de las ciudades en que he vivido;

eso, y que yo no fuera ni hubiera querido ser nunca, corresponsal de diarios de América, le parecía inexplicable a aquel gran Poéta, a quién la necesidad uncía a esa cadena, y daba entonces a la «Nacion» de Buenos Aires, fragmentos de su alma, en esas correspondencias aladas, que escribía en sus paseos a lo largo de los grandes caminos italianos, describiendo cosas de Arte, y evocando edades pretéritas, con su dulce voz de Aeda, en la cual temblaba una emoción de siglos;

sonaron las dos;

el Café iba a cerrarse.

Roma no es una ciudad trasnochadora;

ya en la calle, quise detener un coche, para que el Poéta, fuera a su Hotel.

Dario, de pié en la acera, miraba la noche, una maravillosa noche romana, con uno de esos cielos puros y, luminosos, que hacen pensar, si será verdad, que el cielo no merece ese nombre, sino sobre los montes del Lascio, y, las cimas doradas de la Atica;

viendo acercarse el coche, Dario tuvo un verdadero gesto de horror...

—¿Para qué?—me dijo.

—Para ir al Hotel, son las dos, y es necesario dormir.

—¿Dormir? dijo el Poéta, como si soñara—¿dormir? ¿en Roma? ¿en esta divina noche? no... no...

y, permaneció obstinado sobre el *trottoir*...

hubo que despedir el coche;

libre ya de esa amenaza, Dario, dijo su frase sacramentel:

—Tengo sed...

entramos al frente, a la *Cerveceria Gambrinus*, que ya se disponía a cerrar;

yo, estaba impaciente y nervioso;

nunca me había sucedido estar fuera de casa a esta hora.

Dario, bebía cerveza, ensimisma-

do, taciturno, mudo, en esa especie de sonambulismo lúcido, que en ocasiones se apoderaba de él;

la cervecería se hacia solitaria...

el silencio era profundo...

saliendo de su letargo, Dario hizo señas a un camarero;

le pidió papel y tinta...

no había; el dueño había partido, dejando cerrado el *bureau*;

le di una tarjeta;

el camarero le dió un lapiz...

escribió, hosco, cecijunto, haciendo de vez en cuando, gestos lentos, con la mano en que tenía el lapiz;

despues, me entregó lo que había escrito;

era un bello verso, que me dedicaba fraternalmente y decía:

a Vargas Vila *

En Roma donde dice la Vida,
Lo que la Inmensa Sibila vierte
Junto a tus armas pongo mi Egida
Hermano Grande, Hermano Fuerte!

. . . . . .

* Este verso fué publicado, por primera y única vez, en la Revista «Cervantes» del Poeta Villaespesa, en Madrid, en Agosto de 1916.

iban a cerrar

el autor de *Azul*, se puso en pié,

como si con aquel lingote de su inmortal tesoro, arrojado así, en los mares de la Vida, hubiese aligerado su velero de Ensueños;

y, salimos a la calle, dónde la luz flordelisante de la aurora desfloraba la sombra, y hacia senderos blancos sobre las lozas milenarias de la ciudad dormida...

no había ya coches, y, apagaban los fanales eléctricos...

hubimos de caminar así, en esa semiobscuridad incierta, mientras el alma nueva del día, surgia sobre nosotros, con el esplendor de una diadema.

CAPITULO V

Era en 1901

EN Paris...

los esplendores de la Exposicion decaian...

era el desvanecimiento de un miraje...

los fastuosos palacios orientales, los templos, las pagodas, las mezquitas, caian bajo el golpe de la pica destructora...

Dario y yo, ambulábamos por entre esas ruinas lamentables, donde

hacía poco se levantaba el panorama del Mundo;

era la hora del aperitivo;

nos detuvimos para tomarlo, en uno de los poquisimos cafés, que habian quedado allí, como para recibir el último suspiro de todo aquel mundo fantástico, que se derrumbaba;

cerca a nosotros, el Pabellon Chino, en demolicion, se mostraba como la osatura de un dinosaurio, vista en la noche;

en una cúpula lateral, porcelanas y, malaquitas, hacían manchas verdosas y, pálidas, como tornasoles de un pantano;

sobre una columna desnuda de ornamentos, un dragón enorme, mostraba sus garras de bronce, como enfurecido con el cielo; sus alas se proyectaba, sobre las blancuras de un elefante de marmol, que aún quedaba en pie, con su trompa erecta, levantada hacia el firmamento, como ofreciendola para servir de cornucopia, a las estrellas que nacian en los jardines celestes...

atrás de nosotros, la Soledad y el

Silencio;... los salones vacíos, las sillas aglomeradas, las mesas sin clientes.

—Es el fin de Bizancio--me dijo Dario, mirando con ojos asustados aquella desolación;

y, luego, ya con ese aire dementizado, que solía tomar cuando la inspiración lo poseia, empezó a escribir, mirando alternativamente, la ruinas del Palacio, los animales monstruosos, que la sombra creciente hacía tentaculares, y, el cielo sereno, como un espejo azul, adornado con anémonas de oro...

su mano tan bella, que él creía de marqués, en sus esnobismos de plebeyo, y que era mas bien la de un obispo cortesano, escritor de panegíricos en la corte del Rey Sol, se deslizaba sobre el papel, con sobresaltos de gacela, ora rapida y nerviosa, ora lenta y con gestos musicales, como si escribiese sobre un pentagráma las notas de una Sinfonía ideal y, se alzaba a veces, quedando en suspenso, como una paloma sobre el Tabernáculo, inmovil, en un éxtasis de creación;

viéndolo así, pensé en Beethowen,

con el cual tenía tan extraña semejanza física, y de cuyo genio melódico, era hermano...

acabó de escribir, y, me leyó lo que había escrito, con esa voz insonora, sin entonaciones altas, que parecía obedecer a un ritmo interior, a una disciplina envolvente, que aprisionaba los ritmos como en una malla;

era una especie de Oda a la «Muerte de Bizancio», majestuosa y sonora, de estructura titánesca, que recordaba las esculturas de Miguel Angel, y los cuadros de Besnard; los hemistiquios fragmentarios, el verso soberbio y fiero, dramatizante de un Poéma de esplendor y de tinieblas;

leia... y las estrofas parecian volar, como mariposas de llama y de cenizas, bajo el arco bermejo del cielo, donde se abría una floración triunfal de rosas estelares;

calló después, con ese silencio triste, que seguia siempre a sus largos recitados;

guardó sus versos; y, regresamos al centro de Paris...

¿que se ha hecho ese Poéma?
no lo he visto en ninguna de las colecciones de versos de Dario;
aunque lo hubiese publicado bajo otro título, yo, lo habría conocido, porque su ritmo y sus imagenes me obsesiona todavia;
cuando le pregnnté por él, me dijo que lo había enviado a un periódico;
¿a cuál?
¿que viento llevó lejos, aquella pluma caida de las alas del Cisne Ecuatorial?...

. . . . . .

. . . . . .

Pocos dias despues, Dario, me invitó a comer;
vivía por entonces, muy retirado, allá hacia las alturas de la *butte*, en Montmartre;
eran tiempos duros para el Poéta;
no habían caido aún sobre él, gajes consulares ni diplomáticos;
vivía de sus correspondencias a «La Nación»;
vivía con decoro, con dignidad, con seriedad.
Dario, no fue nunca,—o al menos

mientras yo lo conocí—el bohemio profesional, que muchos se gozan en pintar;

era serio, era meditativo, era honesto;

amaba su gloria con pasión, y gozaba de rodearla de cierto decoro;

era atento, ceremonioso, hospitalario;

tuvo siempre su casa abierta, y, su mesa servida para sus amigos;

si hubiera sido adinerado, habría sido el mas espléndido de los anfitriones;

amaba los ricos manjares, y gozaba en preparar algunos con sus propias manos, alardeando de sus conocimientos en el Arte de Brillat Savarin;

para probar uno de esos platos a la americana, preparado por él, me invitó a comer en su casa;

fué como siempre, espléndido, fraternal, de una ingenuidad infantil, que era el mas bello atractivo de su carácter;

las manos de Apolo, apartandose de la lira, fueron admirables en la confección del menu;

el dios humanizado, salió de su bosque de laureles y, fué un factor de ricas viandas, como no la devoraron sus hermanos del Olimpo, habituados al uso empalagoso de la miel;

yo, era el único invitado y hablamos en la encantadora intimidad, de dos espiritus que se comprenden;

él tenía entonces, el empeño que tuvo siempre, de que yo, colaborara en «La Nación», y, me proponía escribirle al Señor Mitre, a ese respecto;

me opuse rotundamente a ello, fiel a mi proposito de no dejarme devorar por la Crónica, que ha esterilizado y devorado tántas bellas inteligencias.

Dario, tenía ya, dos adoraciones que, lo acompañaron en su vida: «La Nación» de Buenos Aires, y, el Poéta Lugones;

y, se empeñaba en que yo las compartiera con él.

Dario—ya lo he dicho—no era un gran *causeur*, pero era un admirable sugeridor de temas;

sabía escuchar, y, tenía una como

voluptuosidad auditiva, en oir bellos conceptos;

y, los provocaba...

con la cabeza inclinada y el gesto grave, decia:

—Y, Fulano?... y Zutano?... y Mengano?

si el juicio le agradaba sonreía;

si era contrario a su opinion, sonreía también, pero sin aprobar...

defendía a sus amigos, y, no hablaba mal de nadie, ni aun de aquellos que le habían hecho mayor mal;

el don de la Ironía, le había sido negado por la Naturaleza, como todos los dones de combate;

ese dia hablamos mucho y de muchos;

y, el Poéta, me contó sus cuitas;

eran bien tristes;

no será nunca un gran Poéta, aquel que no se ha alimentado de sus propias lágrimas;

y, Dario, apuró ese caliz, hasta las heces.

CAPITULO VI

Era en 1912

YO había estado enfermo, y, Dario me visitaba casi a diario, porque este Poéta era fraternal, con una fraternidad llena de candor olímpico;

en esta triste epoca de *bluff*, de envidia y de detractación, profesionales en la literatura, Dario, ha constituido en eso, como en todo, una excepción, siendo no solo, el primero entre los grandes, sino el primero entre los buenos;

simple y, tímido, como de La Fontaine, dijo La Bruyere, este espíritu tan complicado en Arte, era de una simplicidad franciscana, en asuntos de sentimiento;

y, era de ver, con qué cuidado, con qué premura, ayudaba él mismo con sus pálidas manos de Aeda, a la confección de las tisanas y de los cordiales, a aquellos que me rodeaban en esta selva de la Soledad, que ha sido mi Vida, y que empezaba ya a hacerse impenetrable;

se ocupaba entonces mucho del «Mercure de France», del cual era colaborador muy estimado, y de la «Nouvelle Revue» a la cual prestaba todo su apoyo;

trajo a mi casa algunos redactores y colaboradores de esas revistas, entre ellos, al Señor Rouviere, que escribió en el «Mercure» un bello artículo sobre mis «Rosas de la Tarde».

mas que mi mala salud, mi aversión al croniquismo y al gacetillaje, me impidio secundarlo en sus planes, y, escribir en esos periódicos.

Dario, creía asistir a la aurora de

una literatura americana, y, se empeñaba en revelarla a la Europa;

su generoso sueño murió sin realizarse, porque lo que él creía aurora, no era sino el pestañear de unas pocas estrellas, sobre un cielo muy remoto, en la profunda noche ecuatorial....

trajo entonces a mi casa, para presentarmelo, a Manuel Ugarte, un gran Poéta argentino, rico en ensueños y, en caudales, que entusiasta y, opulento, vivía y escribía bellos libros de Arte y de Amor, y, el cual, a semejanza de Swinburne, cambió luego su lira de Apolo, por la lira de Tirteo, y, hoy, fascina con ella las multitudes socialistas de las riberas del Plata;

la Naturaleza, había hecho a Dario, poéta hasta la medúla de sus huesos;

la Poesia, lo envolvía, como una túnica sutil, que todo lo embellecia y lo divinizaba;

en ese ser de excepción, hecho de ritmos y de armonias, había una saturación de ideal, que impregnaba y dirigia hasta sus menores gestos;

todo en él, era poético;

la voz, el gesto, la mirada, y, por sobre todo eso, su Silencio....

ese silencio profundo, en el cual se sentía como en el de los cielos, una música de astros;

con esa gracia de ideal, Dario embellecía todo, hasta su miedo, un miedo infantil y pueril, que tenia la belleza de las lágrimas de un niño, despertado en la Noche;

yo, recuerdo, que por aquel entonces, y ya convaleciente, nos encontramos reunidos, no sé por qué extraña casualidad, una noche, en una Brasserie, existente en el ángulo de la rue de *Maubege* y la rue de *Chateaudun*, Blanco Fombona, Gomez Carrillo, Ruben Dario, y yo;

se habló de espiritismo, de demoniologia, de endriagos, de duendes, y de aparecidos....

cada uno forzó la nota de lo fantástico;

hubo narraciones espeluznantes....

se agotó lo macabro....

y, todo con objeto de asustar al Poéta, que pálido, sudoroso, llenos los ojos de un inenarrable horror, se

llevaba las manos a los oidos, para no escuchar aquellos cuentos de un hoffmanismo superlativo....

había en Dario, la tendencia, casi la necesidad de creer, que es inherente a todos los débiles;

creía en todo, hasta en las cosas mas absurdas;

el mundo sobrenatural, lo atraía con una fascinación irresistible, como todos los aspectos del Misterio;

creia en Dios....

creia en el Diablo....

y, estos dos fantasmas, lo hacian temblar....

¿qué de raro que creyera en los aparecidos y en los otros fantasmas?

ello es, que aquella noche, sufrió mucho, y, cuando ya agotadas las fuentes de lo fantástico, no hubo nada que contar, y nos pusimos en pie para separarnos, él suplicó a algunos de los jóvenes discípulos que lo escoltaban en todas partes, acompañarlo hasta su casa, porque tenía miedo de quedarse solo.

Gómez Carrillo, que por ir en la

misma dirección que yo, me acompañó un trecho de camino, me decia:

—Dario, no va a dormir esta noche;

y, en efecto, supimos luego, que por temor a las visiones que lo obsesionaban, no había ido a su casa y el alba, le había sorprendido, en un café del Boulevard, en medio del Cenáculo ambulante, que lo acompañaba....

años después, me decía, con voz temblorosa y ojos asombrados:

—¿Es verdad lo que ustedes contaron aquella noche? ¿usted cree en eso?

y, palidecía, como si viese surgir de nuevo, las visiones terroríficas, que inventó nuestra fantasía, en una noche de humor;

ese candor homérico, era una de las distintivas de aquel Genio, al cual para ser completo, no falta sino la perspectiva enorme de los siglos.

CAPITULO VII

Era en 1903

El Poeta, cuando es verdaderamente *un Poeta*, y no esa máquina de hacer versos, que todos conocemos, tiene eso de sobrenatural, que de él, se desprende un efluvio espiritual que lo envuelve, y lo hace invisible a los demás, no dejando en descubierto sino el Hombre, el miserable Hombre, tan semejante a los otros, que estos se creen obligados a profanarlo con su admiración;

esa admiración de incomprensivos, que es uno como *sport* de los inéditos de la celebridad, rodeaba ya a Dario;

no habia versificador incipiente y melenudo, recien llegado de España o desembarcado de América, adolescente polucionador de las musas inermes, gacetillero trashumante de diarios de allende o de aquende el mar, o corresponsal de revistas, mas o menos adineradas, que llegando a Paris, no se creyera en el deber de buscar a Dario, visitar a Dario, seguir por todas partes a Dario, y escribir sobre Dario, creyendo haber conocido a Dario, porque habían hablado con Dario;

así, se le veia por todas partes seguido de una turba multicolor y abigarrada, de aspirantes a bohemios del barrio latino, y dandys, pasados por agua; ora en la calle escoltado por ellos, ora en la *terrasse* de algun café de los grandes boulevares, ora en el fondo de alguna *brasserie* de Montmartre, rodeado de ellos, casi podria decirse que prisionero de ellos, silencioso, tacitur-

no, ensimismado, en ese gesto de *dejarse adorar*, que le era habitual, cuando se hallaba circundado de esos séquitos adventicios;

a causa de eso, yo, no lo veía con la frecuencia de otras veces, pero como ya nos ocupabamos de trabajar para hacerlo nombrar Cónsul de Nicaragua en Paris, él, venía a verme, en los pocos momentos que su escolta de hulanos, le dejaba libre;

era en esos momentos, que él, buscaba a sus amigos, a Gomez Carrillo, que fué su hermano espiritual de toda la vida, a Bonafoux, a Blanco Fombona....

era en esos momentos, que me buscaba a mí, llegando hasta mi soledad, aquel cirio vivo, ardiendo ante el altar de la Belleza, que no dejó de arder, sino para convertirse en sol....

no era alegre entonces la vida de aquel Poéta de las tristezas ocultas, que se debatía contra todas las miserias, con una tan alta dignidad, que no la tuvieron nunca los filisteos de la Crítica, que lo insultaron en nombre de la Virtud....

atravesaba entonces una crisis sentimental, aquella noble alma que pasó por insensible, simplemente porque era profunda, y la mayor parte de sus pasiones, no tuvieron objetos dignos de ellas, y por eso no guardaron sino la actitud estatuaria del Silencio....

sus dramas íntimos, no tuvieron la belleza victoriosa de sus versos; fueron vulgares y silenciosos, y, si alguna vez aparecen en la historia de su Vida, el Poeta, para no verlos, se cubre la cabeza con el manto del Olvido, como Agamenon se cubrió la faz con la punta del suyo, para no mirar el sacrificio fatal....

en esas horas de angustia, la palpitante debilidad del Poéta, se diluia en lágrimas, y, tenia necesidad de la agena consolación....

la admiración, no alcanzaba a consolarlo, y, buscaba ese consuelo en los labios y en el corazón de la amistad;

por aquel entonces....

—*Intermezzo* drami-cómico;—

tiempo de crudo invierno;

las dos de la mañana;

siento tocar en la puerta de mi cuarto;

despierto sobresaltado....

¿quién puede ser?

yo, vivía en casa de una familia muy honorable, de la cual fuí huesped por largo tiempo;

¿qué podía suceder a aquella hora para turbar la quietud de aquella casa?

una desgracia, sin duda;

salté del lecho, me vestí apresurado, y abrí la puerta....

no olvidaré nunca el cuadro que se presentó a mi vista;

la Señorita de la casa, envuelta su belleza circasiana en un amplio peinador de seda roja, me miraba con enormes ojos de inquietud;

la Señora, en una *toilette* semejante, ocultaba sus temores, bajo una actitud airada de Juno;

la portera, con su cofia de dormir, ladeada por el espanto, flameaba de colera; y, detrás de ellas, que eran como una trinchera de carne, entre el portero, que ostentaba airado, y en alto un bastón, y un jóven inglés, único que compar-

tia conmigo, los honores de la hospitalidad en aquella casa y que venía armado de un revolver desnudo, aparecía un hombre pálido, ceñudo, que me miraba con pavor; era Dario;

¿de dónde venía?

¿qué le había sucedido?

¿por qué llegaba a esa hora?

venía de dejar su compañera en el Hospital;

había vagado desamparado y solo toda la noche, y ya tan tarde, regresando del *Bois*, había pensado en mí, que vivía por esos barrios, y había querido venir a contarme su dolor, para que yo lo consolara....

había tirado el cordon de la puerta;

le habian abierto;

el portero, al ver pegado al cristal de su *loge* el rostro de aquel hombre, que no era un huesped de la casa, y que si no tenía el aspecto de un *bandido mandchuriano*, como de Verlain, dijo Moreas, si era inquietante, con su palidez india, su rostro malgacho, y su aspecto taciturno, se levantó para preguntarle malhumorado, qué quería....

—Monsieur Vargas Vila.... —dijo Dario, con la parquedad imperativa de palabras, que le eran habitual:

—Monsieur Vargas Vila, no recibe a estas horas—replicó el portero, mirando de pies a cabeza, al extraño visitador que con la elegancia de su traje, no tenía el aspecto de un ladrón—y añadió: Vuelva usted mañana....

— Necesito verlo — dijo Dario, cada vez más imperioso.

—No puede ser.

—Si; lo veré....

y, con esa obstinación peculiar suya, volvió la espalda y, se dirigió a la escalera;

el portero, no atreviéndose a detenerlo, lo siguió, armado hasta los dientes y seguido de su mujer;

tocaron a la puerta del apartamento;

gran sorpresa adentro....

¿qué podría ser a aquella hora tan tarde de la noche?

la señora se vistió apresurada, y, preguntó miedosa quien era;

al oir la voz del portero y escuchar que decía mi nombre, creyó que era

algun telegrama urgente y abrió la puerta;

al ver a Dario, que entró sin decir una palabra, estuvo a punto de desmayarse;

el portero le explicó que aquel señor se obstinaba en verme;

entonces ella, consultó a su señorita hermana;

y, en ese consejo de familia, se resolvió protegerme heroicamente, contra aquel hombre, que sin duda venía a matarme, porque segun ellas, era yo un personaje muy importante en América, donde es cosa muy comun matar los personajes importantes;

se llamó para aumentar la escolta que debía reducir a la impotencia al asesino, al joven ingles, al cual he hecho referencia, quien con su revólver al puño, se unió a la comitiva y acompaño a Dario, hasta la puerta de mis habitaciones;

apenas la abrí, y, al verme, Dario me dijo con voz grave, obedeciendo a su preocupación:

—Está en cinta;

y, cruzó los brazos sobre el pe-

cho con solemnidad, y, añadió luego, con una voz ya trémula de llanto:

—Vengo de dejarla en el Hospital;

y, dobló la cabeza haciendo un esfuerzo para libertarse de aquella actitud de Pretorio, en que estaba;

felizmente, hablaba en castellano, y las damas no pudieron darse por aludidas, con aquella frase, «está en cinta», que recordaba la anunciación del Arcangel Gabriel;

como la espectativa continuaba en la generosa escolta que había venido para salvarme, hube de explicar a los miembros de ella, que aquel hombre tan temido, era un gran Poeta, un gran amigo mio, que venía de dejar *su Señora*, en el Hospital, y estaba conternado por ello;

el portero, dejó caer el palo que tenía alzado, como el poste de una horca, sobre el Poéta;

el ingles, enfundó su revolver;

las señoras sonrieron, compasivas y enternec das, ante tan noble dolor;

la portera, lanzó un *sacre nom*, que hizo temblar el piso, y, bajó como una tromba, por la caja de la escalera;

las señoras y el inglés, se retiraron;
Dario, entró entonces, me abrazó y lloró...
estaba ebrio, pero, no de vino, sino de Dolor;
apuraba el licor de sus propias lágrimas....
en el Poéta, todo se magnifica, especialmente: el Dolor;
todo Gran Poéta, es un Gran Dolor;
si Dios existiera, Dios sería el Dolor Supremo....
y, eso, porque solo el Dolor, nos hace grandes;
y, el dolor de Dario, era muy sincero;
clareaba el alba, cuando el Poéta, convino en partir, acompañado por el portero, que no nos había abandonado, y que de vez en cuando bajaba a la puerta, para calmar el *chauffeur*, que empezaba a impacientarse....
y, el Poéta partió, cerrando los ojos a la soledad que se extendia ante él, ya que no podía cerrarlos para aquella que había dentro de su corazón....

CAPITULO VIII

Era en 1904

HABIAMOS triunfado.

Dario, había sido nombrado Cónsul de Nicaragua en Paris;

las intrigas del Ministro en Francia, nos habían vencido en parte, impidiendo que Dario fuera nombrado Cónsul General, puesto que desempeñaba un frances, el cual quedó relegado a serlo *in partibus in fidelium*, pues Dario, era nombrado Cónsul *en ejercicio*, con la exigua

asignación de quinientos francos mensuales;

el Poéta, estaba feliz;

era la primera vez que se asomaba a las regiones oficiales de su patria, pues tal vez profesaba *in pecto* la teoria de Hoffman, de que el primer deber de todo artista verdadero, es despreciar profundamente la política, porque el político profesional, es el filisteo agresivo y merodeador; el mas funesto de todos los filisteos.

Dario, estableció con lujo, su Consulado en el *Passage des Princes;*

había ya descubierto por aquel entonces, un mejicano, que le fué siempre muy útil y, lo acompañó a través de mil peripecias de su vida;

era este, un hombre muy listo, sutil, taimado, terriblemente vaselinesco, y, de una amabilidad profesional desconcertante;

correcto, meticuloso, decorativo, con una larga barba, que era su culto, y, que debió ser rubia, antes de encanecer prematuramente, ya

que en cuanto a los cabellos, era imposible saber de que color fueron nunca, si es que los tuvo alguna vez, tan total, y mas que todo, tan *radical* era su ausencia;

por esa barba florida, por esa calva completa, por esos ojos azules, tenía, es verdad, una innegable semejanza con Maximiliano de Habsbourgo, Emperador de Mexico, y Dario se empeñó en meterle en la cabeza, que era un hijo bastardo, del imperial aventurero;

no creo que él, que no era un cándido, tomara en serio esa broma, pero si sé, que tanto se lo dijeron que llegó a maximilianizar seriamente, y, a veces bajo el poder de la sugestión, llegó tal vez a creer que había sido de veras, fusilado en el «Cerro de las Campanas»;

dos cosas, habia inseparables, de Maximiliano, como lo llamaba Dario: la sonrisa, que no moría nunca en sus labios, y, un portafolio enorme, en cuero negro, que no le faltaba nunca bajo el brazo;

viéndolo con él por la calle, tenía el aspecto de un notario de pueblo,

llamado para hacer un testamento;
era obsequioso, untuoso, meloso, pero todo dentro de la seriedad más correcta;
llamaba a Dario: *mi Señor* don Dario;
a Palacio Viso, *mi Señor* don Ramón;
a mí, *mi Señor* Vargas Vila;
y, supongo que a todos los demás amigos de Dario, les impondría, el mismo posesivo abrumador.

Maximiliano, fué nombrado por el Poéta, secretario del Consulado; y, este, regentado por él, entró en un orden perfecto; porque Maximiliano, era el Orden, un órden meticuloso y pulcro, de farmaceutico.

Orden y Amabilidad, parecía ser la divisa, de este doctor angélico de la Paciencia, que fue desde entonces, algo como la sombra del Poeta, siguiendolo a todas partes;
yo, regresaba en esos dias, de Florencia, muy enfermo;
para calmar mis nervios sobreexcitados, una de cuyas caracteristicas era el horror de los automóviles, a cuya vista me inmovilizaba, ha-

biendo estado a punto de ser victima de uno de ellos, los médicos me enviaron a Venecia, en cuyos silencios lacustres, no corria el peligro de ser atropellado sino por alguna góndola, si tentaba la aventura de atravesar a nado el Gran Canal, lo cual, visto que no sé nadar, era un peligro descontado de antemano;

las perspectivas de aquel viaje hacia las calmas lagunares, sedujeron a Dario, que resolvió acompañarme;

él, había estado en Venecia, pero, como turista, viendo el rostro de la Sirena polinsular, pero sin penetrar en su alma quieta y profunda....

la idea de una larga permanencia, en aquel archipielago de ensueño, lejos del ruido de los hoteles, y de las caravanas cosmopolitas, en uno de esos lugares silenciosos de meditación y de contemplación que yo conocía, se apoderó del Poéta, y ya no pensó sino en eso; en las cosas por ver, en los versos por escribir, en la Obra prodigiosa que traería de allí....

se convino en que Maximiliano, quedaría encargado del Consulado,

con la aquiescencia del Ministro, que con tal de ver alejarse a Dario, en cualquiera dirección, la dió muy voluntario, cuando yo se la pedí;

se hicieron todos los preparativos;

se cerraron las maletas; y llegó el día del viaje;

en la mañana, debía Darió, asistir a un almuerzo de despedida, que le ofrecían los *husares de su guardia*, como llamaba yo, el séquito, siempre renovado de versificadores y cronistas ultramarinos que lo seguían;

a la hora fijada estuve en la estación.

Dario, no estaba....

esperé....

nadie venía, ni siquiera Maximiliano, con alguna noticia del Poeta....

nada.... nadie....

pita el tren....

monto.... y, el tren parte....

y, ¿el Poeta?

llegó horas después;

había sido el prisionero de sus admiradores, habiendo tenido que oir veinte y dos discursos, en prosa y verso, segun luego me lo escribió....

sobrevivió a esos discursos, pero no pudo efectuar su viaje....

eso lo entristeció....

sus cartas, que ahora mismo reléo, están trémulas de esa tristeza....

y, en ellas se nota que el suave perfume de Belleza y Voluptuosidad de las islas remotas, hacian temblar sus nervios.... con el temblor del agua en los canales quietos, donde el alma desnuda de Venecia se ofrece a los besos del viento, que desflora una a una la sutil transparencia de sus olas.

CAPITULO IX

Era en 1905

EL Gobierno de Nicaragua, había sometido al Arbitrage de S. M. el Rey de España, su: Cuestión de Limites con Honduras;

esta República, acreditó una Misión Especial, para sostener los términos del Litigio, ante el Real Arbitro.

Nicaragua, se apresuró con igual objeto a constituir la suya, nombrando para formarla, a don Cri-

santo Medina, su Ministro ante varios gobiernos europeos, y a mí, que era Cónsul General de la República en Madrid;

apenas constituida la Misión, Dario, me manifestó el deseo vehemente de pertenecer a ella;

deseaba ir a Madrid, al cual amaba mucho, y, en el cual, era muy amado;

me apresuré a secundar sus planes, contra el querer del Señor Medina, que sentía por Dario, un odio ciego, irracional, uno de esos odios que radican en lo más obscuro de la humana bestialidad;

se hablaba de un lejano drama de familia, que ponía una frontera de sangre entre los dos;

yo, no lo creo;

don Crisanto, odiaba a Dario, por lo mismo que odiaba a todos los hombres inteligentes; porque tener talento, era a sus ojos un crimen; el mas grande de todos los crimenes;

yo creo, que obscura y embrionariamente, hasta donde él podía raciocinar, tenía la idea confusa de que todo hombre de talento, le ha-

bía robado el suyo, y, que era por tener los otros tanto, que él no tenía ninguno;

y, por eso, los odiaba;

yo, recuerdo, que paseando una vez en coche, por el Bosque de Boulogne, él, me hablaba de cosas pretéritas, y, de súbito, como si un recuerdo lo hubiese picado con el aguijon de un aspid, me dijo, mirándome fijamente:

—Dígame una cosa, usted que sabe tánto de eso, ¿es verdad que Montalvo, aquel mulatico ecuatoriano, que escribía aquí, tenía talento?....

ese *mulatico ecuatoriano*, era, nada menos que el enorme, el descomunal, don Juan Montalvo, el Autor de «Los Siete Tratados» y de los «Capítulos que se le olvidaron a Cervantes».... libros que, desde luego, don Crisanto, no había leido;

dos sentimientos se disputaban su alma, respecto a los escritores: el Odio, y el Temor;

aquel hombre tan brutalmente valeroso, que en su juventud aventurera, había corrido y vencido to-

dos los peligros de la selva, y, ya civilizado, en Europa, se había batido varias veces, y, a los setenta años, se batía con la misma acometividad de hace cuarenta, tenía un miedo cerval, a la pluma; era lo único que lo hacía retroceder y temblar;

por eso, odiaba igualmente, a todos los escritores;

y, respetaba solo a aquellos que eran escritores de combate;

y, como Dario, no era sino un Poeta, don Crisanto, se creía, no ya en el deber de odiarlo, sino de despreciarlo;

para él, un escritor era un animal maléfico, pero un Poéta, era el animal mas inutil que ha nacido sobre la tierra;

y, Dario, era un Poéta;

así, cuando supo que él, quería formar parte de la Misión, y, que trabajabamos en ese sentido, tuvo una verdadera contrariedad;

¿qué venía a hacer Dario en la Diplomacia?

¿qué sabía Dario, de la Diplomacia?

porque don Crisanto, creía en la Diplomacia;

no sabía a ciencia cierta qué era, pero barruntaba que era una ciencia;

una ciencia infusa y cabalistica, de la cual Maquiavelo y Talleyrand, habian sido los apóstoles;

él, no habría podido decir qué habian hecho o escrito Maquiavelo y Talleyrand, pero, se conformaba con creer que debieron escribir sin duda, sobre la mejor manera de llevar el uniforme y, hacer del pecho de la casaca, un cementerio de pueblo, donde no faltara ninguna forma de cruz....

a ese respecto, era el tipo perfecto del diplomático latino-americano;

cuarenta años de *Diplomacia*, lo habian avezado de tal manera al uso de la librea, que nadie llevaba una, con mas orgullo y mas elegancia que él;

fuera de la del martirio, llevó todas las cruces sobre el pecho;

y, por eso no comprendió nunca que un hombre sin galones y sin cruces, pudiera ser un Hombre;

y, Dario, no se había puesto todavia un uniforme, ni tenía mas cruz que la del matrimonio; ¿de qué podia servir?

al principio no tomó en serio la pretensión de Dario, de formar parte de la Misión;

luego se opuso decididamente;

despues se indignó;

y, cuando Dario, venció en su empeño, se propuso amargarle el triunfo, con todas las humillaciones posibles;

uno de los deseos inocentes de Dario, era el de ser presentado al Rey, el dia que la Mision, fuera recibida oficialmente en Palacio;

don Crisanto, lo supo, y, resolvió estropear los planes del Poeta;

se presentó inopinadamente en Madrid, y, pidió la Audiencia;

una noche, me senti llamar por telefono del Hotel de Roma;

era don Crisanto, para anunciarme, que el dia siguiente S. M. recibiría en Audiencia la Misión de Nicaragua.....

—¿Dario? ¿no esperamos a Dario? le dije....

—No, yo tengo que regresar inmediatamente a Paris, me dijo;

al dia siguiente, la Mision, fue recibida en Palacio....

pero, la Misión, era don Crisanto; *solo;*

porque *yo me había enfermado voluntariamente.*

Dario que llegó dos dias despues, fue muy triste de ese suceso, pero la admiración y la amistad, se encargaron de consolar la tristeza del Poéta;

siempre por encima del Dolor, como todo Genio, Dario se refugió en su Gloria, para olvidar las heridas del Odio;

aislado en las regiones de sus sueños, se dió todo entero a su personalidad, y a su grandeza de Poéta;

cuanto de intelectual habia en Madrid, acudio a rodearlo;

poétas, prosadores, dramaturgos, periodistas, cuantos con honor manejaban una pluma, rindieron pleitesia a aquel que era ya, el Primero de los Poetas de la lengua;

habrá que hacer esa justicia a Es-

paña, ella fué la primera en reconocer la Gloria absoluta de Dario, cuando en América, la Crítica bozal se la disputaba aún, tartamuda de Envidia.

Valle-Inclan, Villaespesa, los Machados, Zayas, Dicenta, Benavente, Bueno, Baroja, todos fueron los amigos y los admiradores, del bardo innovador y trashumante, en cuya vida inquieta y tenaz, hervia el metal fundente, de su Obra, aquella Obra Inmortal y Unica, cuyo aislamiento divino, parece apoyarse en los dos polos inmóviles de la Eternidad.

Dario, gozaba cándidamente de esa suave atmósfera, de amor literario, que lo envolvia, como un humo de incienso, escapado a los altares de sus epígonos, que compartian con él, los homenajes, el culto y la admiración del mundo hispano;

el circulo literario que lo rodeaba en Madrid, era bien distinto del cortejo abigarrado y pintoresco, que la resaca de los viajes trasatlánticos, formaba en derredor suyo, en Paris;

con todo eso, y ser muy dilecto y exquisito, ese grupo de prosadores y poetas españoles que lo frecuentaban y tener yo, por algunos de ellos, una amistad y una admiración, muy verdaderas, no lo visitaba con frecuencia, por este mi sacro horror, a las promiscuidades literarias, que por altas que ellas sean, me han parecido siempre una profanación del Intelecto;

él, lo sabía, y me visitaba con mucha frecuencia, solo o acompañado de alguno o algunos de esos espíritus fraternales, que él comprendía que podian serme agradables, especialmente de Villaespesa, por el cual, él, y yo, teniamos ya tanto cariño y tanta admiración;

una mañana, llegó presuroso y feliz, trayendome un verso, que había hecho la noche anterior, hablando de mí, y disculpando mi aislamiento con alguno de sus amigos;

era esa bella y cariñosa estrofa, que yo puse después en la portada de algun libro mio, la cual ha sido muy reproducida, y que decía:

«VARGAS VILA, *señor de rayos y de leones,*
callado y solitario recorre las ciudades,
y ninguno alimenta rebaño de ilusiones,
como este luminoso Pastor de Tempestades.»

y, sonreía.... oyendome leer esa admirable *plaquette*, donde él, el pintor de oro y azul, había puesto en su paleta maravillosa, algo de rojo, para esbozar mi hosco perfil de solitario;

el pensamiento de la Union intelectual Hispano-Americana, no era por aquel entonces, un negocio de vivos, sin otro patrimonio que su audacia, como se ha hecho luego, en diversas ciudades de la Península, sino un pensamiento serio y vivaz, una alta idea proclamada y sustentada, por hombres de indiscutible valor mental, como Silvela, Rodríguez Sampedro, Piernas y Hurtado, Conde y Luque, Moret, Amos Salvador, Armiñán y otros cuya honorabilidad, los ponía al abrigo de toda sospecha de lucro, y de explotación;

era el representante genuino y único de esa Idea, oficialmente proclamada, la UNION IBERO AMERI-

CANA de Madrid, de la cual era Presidente, el Señor Rodriguez Sampedro y Secretario General, Pando y Valle;

hombre de mundo, de una rara y muy sutil inteligencia, sagáz e infatigable, Pando, y Valle, era, y fué, hasta su muerte, el alma de esa Institución, por no decir que la Institución misma;

andaba siempre a caza de americanos de algun renombre, llegados a Madrid, para cortejarlos, ponerlos de relieve, y atraerlos con su exquisito tacto de hombre superior al servicio de su pensamiento y de su obra....

por mucha que fuese mi tendencia a ocultarme, Pando y Valle, supo que yo estaba en Madrid;

me visitó, me obsequió, me llenó de atenciones, pero bien pronto su grande inteligencia comprendió, que yo no era el tipo del Americano, que él, hallaba todos los dias, del criollo, que viene a Madrid, a desbabarse de celebridad, enfermo de exhibisionismo y coloniaje mental, cándido y gacetillable, animal muy

útil a los cronistas ayunos, y a los escritores de sueltos centaveros, ese pobre animal desplumable a todos los vientos de la publicidad, y del cual, me ha tocado enrojecer tántas veces, durante mis largas permanencias en Madrid;

el encuentro con un escritor como yo, que marchaba vuelto de espaldas a toda publicidad y a todo reclamo, que se muraba en su soledad, y no sabía dónde quedaban las Redacciones de los periódicos y no celebraba *interviws* sino consigo mismo, lo interesó enormemente, y resolvió poner sitio a mi Soledad, para sacarme de ella.

Pando y Valle, era irresistible y de una tenacidad que nada desar maba ni vencia;

eramos ya amigos;

y, él, era un amigo admirable; uno de los mas bellos y mas nobles corazones que puedan albergarse en el pecho de un hombre;

y, creyendo hacer un bien a sus ideas, se propuso sacarme de mi aislamiento;

para ello, dió primero, un gran

banquete exclusivamente de directores de periódicos, para presentarme a ellos;

yo, le exijí, que invitara a Dario, a quien le presenté.

Pando, fué encantado de esto, que le daba un valiosisimo elemento para su Obra;

el banquete tuvo lugar.

Dario, fue obsequiadisimo, y, festejadisimo, y no tuvo sino dos contrariedades, la una, que por exigencia mia se habian suprimido los brindis y los reporteros, y la otra, que tambien por exigencia mia, no pudo presentarme a muchas personas, que él deseaba que me conocieran;

el fracaso de este banquete, que murió en el silencio, y, no tuvo eco ninguno, como si todos hubiesemos hecho el voto tácito y mutuo de olvidarnos, no desarmó a Pando y Valle;

con motivo de un plan de intercambio intelectual por medio del libro, organizó una gran Sesion Solemne en el Ateneo, con anuencia y asistencia prometida, de los más valiosos elementos intelectuales y ofi-

ciales de la Capital, y se empeñó en que yo había de ser el Orador de Orden de esa Velada;

no pude eximirme, y acepté, a condición de que Dario, sería tambien instado a hablar en este acto, lo cual daría a este, un sello de alta y noble espiritualidad;

se convino así, y yo me comprometi a obtener la aquiescencia del Poeta;

este aceptó agradecidisimo y feliz, ante la idea de hablar en el Atenéo, en una Sesión Solemne, en que segun se rumoreaba, gente de los mas altos linajes habia de concurrir;

dijo el Poéta, que se pondria a la Obra; mas los dias sumabanse a los dias, el tiempo huiase ligero, el de la fiesta llegaba, y, el rosal estético del Poéta, no producia la rosa ofrecida para su ofrenda, en aquella fiesta de Intelectualidad trascendental;

mío era el compromiso con Pando y Valle; mio y de nadie mas;

el nombre del Poeta figuraba ya en los programas de la fiesta y, era objeto de general espectativa;

sobrecojiome el espanto de que

pudiera yo quedar en descubierto por un olvido suyo;

fuí a verlo;

vivia entonces en una obscura y equivoca morada, a donde uno de los bohemios que lo explotaban, lo habian llevado;

hallélo rodeado de su tribu familiar, venida del lejano pueblo, para roérlo también;

estaba en una bien triste hora el Poéta, pero, sin embargo bastante consciente, para prometerme con seriedad el cumplimiento de lo ofrecido;

aún en esos momentos suyos, él era afable y cortes;

los dias pasaban;

era la ante vispera de la fiesta.... y, Dario, no habia hecho los versos....

antes de escribir a Pando y Valle, el derrumbamiento de nuestro proyecto, y el fracaso de mi compromiso, quise hacer un último intento.

Palacio Viso, fué el comisionado para esa empresa;

aquella noche se dirigió a casa de

Dario, con intención de instalarse en ella hasta obtener la victoria;

iba resuelto a emplear todas las fuerzas, no espirituales, sino *espirituosas*, que fueran necesarias para vencer la indolencia del Poéta, que en momentos semejantes llegaba hasta la abulia definitiva;

el efecto de esas fuerzas fue lento, pero completo;

a las dos de la mañana el Poéta entró en ese grado de sonambulismo lúcido, que marcaba los instantes álgidos de su grande inspiración;

silencioso, grave, impenetrable, como siempre que estaba en ese estado, se puso a escribir;

dos horas después, leia a sus amigos conmovidos y atentos, aquella admirable: *Salutacion del Optimista*, que principia diciendo:

Inclitas razas ubérrimas, sangre de Hispania fe-
[cunda.
Espiritus fraternos, luminosas almas, salve!...

. . . . . .

una de las mas bellas poesias, de lengua hispana, y de todas las lenguas, acababa de ser escrita.

Villaespesa, el Poéta fraternal y altisimo, que por ser tan capaz de haberla escrito, era tan capaz de admirarla, vió con júbilo no solo la aparición de los bellos versos, cosa que a él, le es familiar, sino el final de una angustia, que empezaba ya a pesar sobre todos los que amabamos con pasión, el prestigio y la gloria del Poéta;

al dia siguiente, Palacio Viso, entraba vencedor en casa, trayendo en sus manos el precioso trofeo;

la fiesta tuvo lugar.

Dario, leyó sus versos;

y, obtuvo un triunfo merecido y estrepitoso....

el Poeta fué feliz....

. . . . . .

. . . . . .

Poco tiempo después, el Gobierno de Nicaragua, nos nombró a Dario y a mí, para representarlo, en las fiestas del Tercer Centenario del Quijote, en Madrid;

fué una suntuosa fiesta literaria, en el Paraninfo de la Universidad;

yo, pronuncié unas *Palabras*, que luego fueron publicadas, en mi pe-

riódico: «Nemesis», y en mi libro «Ars-Verba».

Dario, no concurrió;

se había enfermado, pero, conservando lucidez bastante, para comisionar a Martinez-Sierra la lectura de unos versos, hechos para esa festividad Histórica;....

y, Martinez-Sierra, leyó: la «Letania del Señor Don Quijote»:

Rey de los hidalgos Señor de los tristes
Que de fuerza alientas y de ensueños vistes...

. . . . . .

. . . . . .

Dias despues, Perez Triana, que era Representante Diplomático de la República del Salvador en España, nos invitó a un almuerzo, en casa suya, a Dario y, a mí;

yo, era ya, de vieja data, amigo de este hombre inteligente y amable, cultor exquisito de literaturas, apasionado por los versos, habiendo llegado en ocasiones hasta la debilidad de hacerlos, y, admirador muy condicional del Gran Poéta, a quien yo le había presentado en mi casa, recientemente.

Perez-Triana, fué siempre espléndido y cordial, y su casa y su mesa, ejemplos fueron de cultura y buen vivir;

siguiendo esa tradición, el almuerzo fué exquisito y embellecido por la presencia de la Señora del anfitrion, que como dama muy culta, era ansiosa de conocer a aquel que era ya, el Primer Poéta, del mundo hispano-parlante, como hubiera dicho el propio Perez-Triana, con esa locución que él puso en giro....

pero.... llegó la hora....

y, el Poéta, no vino....

nos pusimos a la mesa, y, el Poéta no llegó....

se había enfermado....

suena el timbre....

¿es el Poeta?

no;

es un mensajero, que trae una esquela del Poéta;

una esquela, en que disculpaba su ausencia por su enfermedad;

la esquela era en verso;

unos versos, que probaban que en efecto, estaba enfermo;

los leyó Perez-Triana, y, como su

miopia excesiva no le permitia hacerlo muy bien, los pasó para que los leyera, a Luis de Armiñán, hombre cultisimo, tan habil en las letras, como en la política, y, lleno ya de un justo renombre en ambas;

la impresión, fué muy penosa....

pero, la alta gloria del Poeta, quedó intacta....

¿qué se han hecho esos versos?

deben reposar en el archivo de Perez-Triana....;

hay que agradecer a su exquisito gusto literario, y, a su respeto por la gloria de Dario, el que no los haya publicado.

Despues, Dario, no gozó ya de grandes dias de salud;

la nostalgia de Paris, lo poseyó;

desilusionado sobre el asunto de la Mision, disgustado y humillado por la actitud rencorosa del Señor Medina, el Poéta entristecido, volvió a su Consulado de Paris.

CAPITULO X

Era en 1906

PROMEDIABA el Año...

el Señor Medina, disgustado por asuntos economicos con el Gobierno de Nicaragua, resolvió retirarse de la Misión en España, hasta que no fuese satisfecha su petición de dinero...

Aquiles indignado se retiró a su tienda;

y, desde ella me escribió que la Mision quedaba a mi cargo, y que me deseaba un pronto y seguro triunfo....

como ese muerto, no era mio, no quise cargarlo sobre mis hombros, y fuí a Paris, para entregarselo al Señor Medina, haciendole ver que él, debía ser el sepulturero de sus propios errores;

el viejo diplomático, tascó el freno, pero hubo de resignarse;

y, Dario y yo, hicimos entonces, el pacto formal de no poner los pies en Madrid, hasta que el Señor Medina, no hubiese liquidado esa factura de torpezas, y de complicidades, que había sido su actuación en ese asunto....

el Poéta, partió hacia Dieppe....

yo, me refugié en la soledad de mis jardines de «Villa Ibis», cerca al mar azul y, expléndido, cuyas palabras misteriosas, me eran de una gran dulzura y, de una gran consolación....

CAPITULO XI

Era en 1907

LA Obra del Señor Medina, había sido consumada; *

yo, inicié entonces a Dario, la conveniencia de hacerse nombrar Ministro en Madrid.

---

* Como no me propongo hacer aqui la historia de esas negociaciones, que narro detenidamente en otra parte, de mis Memorias, sino tocarla en cuanto la personalidad del Poéta aparece en ella, suprimo todo comentario ajeno a ese objeto.

Dario, aceptó gozoso;
haciendo un enorme sacrificio pecuniario, y, dejando a su compañera en el Hospital, a donde nació ese niño, que luego fué su encanto; el Poéta partió.

CAPITULO XII

Era en 1908

DARIO, logró su intento; así me lo comunicó a Paris desde Managua;
vino;
su primera visita fué para mí;
tierno, efusivo, verdaderamente sincero, me decía a cada momento:
—Usted es el Ministro, ¿verdad que usted no me dejará solo?
entristeció ante mi negativa de

volver a Madrid, ya que los asuntos de mis libros, muy descuidados, requeria insistentemente mi presencia en Paris;

la idea de timonear a Dario, en su Embajada, no me seducía;

dos recientes ensayos de ese género, me habían enseñado ya bastante;

ademas, liquidada la Cuestión de Limites, la misión de Dario, era puramente ornamental y decorativa, y—puesto a salvo el nombre del Poéta,—no debía ser sino un uniforme mas, en las fiestas palatinas;

la misma tarde de su llegada, vino a buscarme en *auto*, para ir al Bosque;

ya en este, hicimos *pam;*

el chauffeur, no pudo reparar la averia;

fue preciso abandonar el vehiculo, y, partir a pie;

estabamos lejos de todo sitio frecuentado, y, eramos ignorantes de la topografía del lugar;

anochecía;

el miedo de Dario, no tenía límites;

todas las historias de asesinatos, de apaches y de *pierreuses*, surgían en su imaginacion, engrandecidas por el temor....

para calmarlo, yo, le hice creer que iba armado;

como sabía muchas leyendas sobre mí, tenía una alta idea de mi valor personal, y, eso lo apaciguó;

para colmo de males, la noche vino, y, nos extraviamos de veras;

yo, comprendí que debiamos estar cerca de algun sitio frecuentado, porque pasaban algunos coches;

hicimos señas a uno que iba vacio;

nos tomó;

le dimos la dirección del Restaurante de la «Cascade», donde ibamos a cenar;

el cochero sonrió....

un momento después, nos dejaba en el Restaurante.

—Lo hemos tomado en el patio de la casa—me decía Dario;

y, era verdad;

los dias siguientes, los empleó el Poéta, en los preparativos de su viaje;

y, partió, en unión de Maximilia-

no, que empezaba a tomar ya aires cancillerescos y, hablaba en plural, como los obispos;

en Managua, partido el Poéta, se iniciaba una reacción contra su nombramiento, que había sido hecho bajo la presión de la admiración; sus enemigos se agitaban y, sus amigos llegaban a temer seriamente un fracaso;

don Crisanto, estaba inconsolable y, furioso;

quitarle la mitad de la librea, era quitarle la mitad de la Vida....

el medio cuerpo desnudo se le enfermó;

lo vi, un dia que almorzaba yo, con Perez-Triana, en Delmónico:

era la sombra de su sombra....

siempre protocolariamente amable, pero ya irremediablemente herido de muerte....

cuando la Revolución triunfante en Nicaragua, le quitó la otra mitad de su librea, acabó de morir....

esta desnudez lo mató;

la Vida sin librea, no era para él la Vida, era la Ignominia....

de Managua, venian telegramas urgiendome para ir a Madrid.

Dario, me llamaba....

finalmente, una influencia amistosa, a la cual yo no podía negarme, decidió mi viaje....

llegué tarde....

Dario, estaba enfermo hacia dias;

apenas si me reconoció....

sin embargo, con un gesto elegante y cortesano, me besó la mano, diciéndome....

—Usted, viene a salvarme....

y, volvió a caér en su somnolencia....

séame permitido correr un velo de Silencio, sobre estos dias....

antes de ser recibido Dario, partí para Málaga, convencido de no poder evitar nada, y no poder hacer nada....

me envolví en el silencio de mis jardines en el «Limonar», y, mi amistad vigilante y, triste escuchó de lejos muchos rumores, que se mezclaban a los del mar vecino, y golpeaban furiosa, pero inutilmente, la roca inconmovible de la Gloria.

CAPITULO XIII

Era en 1909

HABIA muerto el invierno; la sutil primavera gloriosa, se iniciaba, en esos campos de bendición, bajo esos cielos victoriosos de luz, que son los campos y los cielos andaluces, cuando yo los dejé y reaparecí, en mi casa de la calle de Alcalá en Madrid, allá muy alto, donde la parte inconclusa de la ciu-

dad se envuelve en un manto de sol y de quietud, que es como una ternura, para los corazones solitarios que aman el Silencio....

Dario, había dejado ya su casa de la Legación, en la calle Serrano, y, se había refugiado en un pequeño piso, de la calle Claudio Coéllo, muy retirado, muy solo, en solitaria comunion consigo mismo....

el Gobierno, no pagaba sus sueldos;

vivía como siempre de sus correspondencias a la «Nacion» de Buenos Aires;

vivía heroicamente, dignamente, seriamente, como convenía a su vida de Poeta, a su alto genio, armonioso y dulce, que si no amaba la Soledad Absoluta, porque era demasiado débil para ella, si amaba los largos y, prolongados besos del Silencio, que renuevan la energia, y, purifican del triste contacto con las miserias, morales y materiales de la Vida....

nos veiamos a menudo, hasta donde esta feroz pasión de soledad, que me domina, me permitía hacer excep-

ción hacia el Poéta encantador, cuya pura simplicidad de alma, me era tan amada;

venía a verme con frecuencia;

y, una mañana, se presentó, turbado, pávido, como escapado a un gran peligro;

venia, — segun él, — huyendo al hermano de su *mujer*, que quería matarlo;

parece que este campesino bárbaro, lo había amenazado con un puñal;

bien pronto se tranquilizó, al influjo de nuestras observaciones, porque él, tenía una gran fé, en Palacio Viso, que estaba allí, y le prometió arreglar el asunto;

ya serenado, estuvo alegre, decidor, expansivo a pesar de la taciturnidad, que le era habitual;

almorzó con nosotros;

tomamos el café en mi despacha, donde él, admiraba mucho la bella y selecta biblioteca, que yo habio reunido, y, que su vida errante le había impedido formarse....

hablamos como siempre, de Arte y de Literatura;

hombres y libros, nos sirvieron de temas;

de súbito se levantó;

se acercó a un alto pupitre, que yo usaba para escribir en pié, por prescripción de los médicos contra la dispepsia, y, despues de ensayar diversas plumas, empezó a escribir....

escribía, escribia, musitando, con un gesto casi musical;

por momentos, levantaba la cabeza, y, miraba al campo, que desde el balcon abierto se veía, extendiéndose en líneas nobles, hacia el candor del horizonte;

volvía a escribir....

cuando hubo terminado, vino sonriente hacia nosotros, y, nos leyó lo que había escrito: eran estos bellos versos que me dedicaba:

A VARGAS VILA

EN SU LIBRERIA

En su maravillosa vida, trabaja quieto.
El reloj da su hora en su tranquilidad.
Pasa un soplo de biblioteca. Ya es Bagdad
O Insprunck, o bien algo que habla de Paracleto.

—

No sé si a veces, su verbo ágil al conceto.
Eu su energica forma pasa la humanidad
En un exceso de pasión y de verdad.
Yo sé que le conozco, le mido y le interpreto.

—

Desconfia de lo que se apropincua al daño
De ese querer usual que cariño nos finge
Pues siendo bachiller, lo doctoró el engaño.

—

Así su amor no corta, ni su afecto restringe
Sino cuando tritura muy cuerdamente al paño
La ración de miserias con que ayuda a la Esfinge. (1

ya en la tarde volvió a su casa acompañado de Palacio Viso, ante el cual, el campesino agresivo, negó haber querido agredir al Poeta;

este fué recibido con júbilo, por un grupo de amigos, que lo esperaban....

. . . . . .

Vino el verano;

fue preciso partir, hacia las playas, y, hacia los campos.

(1) Estos versos fueron dados por mí al Poeta Villaespesa, para su Revista «Cervantes», y publicados en el número correspondiente al mes de Agosto de 1916.—Conservo en mi poder el original, como el de aquella otra estrofa hecha en Roma.

Dario, partió a Asturias, con Palacio Viso;
yo, fuí hacia Alama de Aragon, para hacer mi cura termal....
y, lo perdi de vista.

CAPITULO XIV

Era en 1910-1911

NO vi al Poéta;
yo, no salí de Italia;
y, él, no pudo ir a la Exposición de Roma, como tanto lo deseaba;
solo sus cartas me llegaron; sus bellas cartas amigas;
ellas fueron a buscarme a mi refugio romano, donde segun él, yo era «prisionero del azul del cielo y el blanco de las estatuas».

CAPITULO XV

Era en 1912

EL invierno, era crudo en Roma; las trescientas cúpulas de sus iglesias, se alzaban en un horizonte de desolación, no habitual a aquellos cielos, que si no sonríen perennemente, como los de Nápoles, si tienen gestos de una suave serenidad, para hacer casi tierna la pompa inmutable de su grandeza histórica;

hui de las tristezas de ese invierno, buscando el bello sol mediterraneo, cuya extraña belleza, se alza como un lis de esperanza sobre las inclemencias de la Vida....

y, me refugié en Barcelona, aquel Paris a la orilla del mar, hecho para eclipsar los esplendores de Niza, y, emular la Belleza de las playas partenópeas;

pero, no me albergué en la ciudad tumultuosa y fastuosa, sino—como suelo hacerlo siempre, que fascinado por la Circe mediterranea, llego a ella;—en sus alrededores, en aquel declive armonioso de montaña, que extiende del Tibidabo a Gracia, sus curvas florecidas de rosales;

allí, en una *Torre* (1) oculta, donde nadie llegó nunca a ultrajar los laureles de mi soledad, pasaba mis grandes horas serenas, mis horas solitarias, cuya belleza amo tanto, cuando me llegó una tarjeta del Poéta, anunciándome su proximo arribo a la Ciudad Condal;

(1) Es el nombre que se da a las Villas o *Chalets*, en Cataluña.

no fuí a recibirlo, porque lo sabía esperado por mucha gente, y, destinado a sufrir un flujo de homenajes;

había ya entrado en aquel período de exhibicionismo de Circo, que anunció su decadencia, y, fue tan fatal a su Gloria y, a su Vida;

los empresarios, se habian apoderado ya de él, y, no lo soltarian;

la sombra de Barnum, seguiría la sombra del Poéta, hasta extrangularla;

hacia asi, su primera gira, llevado por los empresarios de una Revista, que pensaban enriquecerse con la exhibición del Poéta;

fuí a verlo;

lo encontré ya en ese grado de desaparecimiento físico, que fué acentuandose dia por dia....

mas pálido, mas delgado, mas fantosmal, que nunca;

esa desmaterialización, centuplicaba el efluvio espiritual que se desprendia de él, como una atmósfera, y lo diademaba en aureola....

el alma profunda del Poéta, parecía hacerse mas visible, en este

principio de consunción que era como la de un cirio, cansado de arder ante el altar de un dios, que valiera menos que él.

me recibió fraternal, como siempre, pero esta vez en el fondo de un triple cortejo;

apareció escoltado de su Empresario, un joven muy amable, que ya había publicado cosas mias en *Mundial.*

de su Secretario, un joven de mucho talento, que publicó algo sobre esta visita, en «Mundial»;

y, de su fotógrafo, que no debía ser muy admirable, segun el retrato mio, que se publicó en «Mundial»;

el torbellino de la admiracion, envolvió al Poéta, y, lo llevó lejos de mí....

banquetes, giras campestres, abrumadoras sesiones literarias, una lluvia de discursos y de versos, capaz de disgustar a cualquiera del sonido de la palabra humana y de toda espresión del Pensamiento en lengua rimada;

nadie hizo mejores versos que Dario, y, nadie los oyó mas malos....

tal véz lo que aparecia en él, como

negacion del don de la Palabra, no era falta de dotes oratorias, sino horror a la oratoria, tánto así se habia abusado en su presencia de todas las formas posibles del discurso;

lo que quedaba de Dario, escapó a aquella satiriasis lirica de la admiración, y, se embarcó para Buenos Aires, sin que yo volviera a verlo, porque el dia que estuvo en busca mia, no me halló;

no supe nada del resultado de su gira, porque yo, no amo saber de mis amigos, sino sus triunfos....

el vencimiento de lo que yo admiro, me es tan doloroso como mi propio vencimiento....

y, me rebelo contra él, como contra toda profanación....

. . . . . .

y, mis ojos y, mi corazón siguieron con angustia el vuelo del cisne suave y, doliente a través del Oceano....

el Mar, es fatal a los cisnes....

ellos, no saben sino del vuelo lento, sobre el cristal del lago, que refleja su propia gracia, el misterio de sus ojos y, el inmutable candor de sus alas de alabastro....

¿qué haran ellos sobre las olas tormentosas y obscuras que responden con rugidos al interrogante gracil de sus cuellos, y, amenazan sepultar su divina belleza, en el Oceano de la Nada Triunfal?...

callar y morir....

y, ese divino cisne iba hacia el mas cruel y, mas tormentoso de todos los oceanos....

hacia el Oceano Multitud....

en él, se ahogaria su canto....

rotas las alas, volveria vencido.

CAPITULO XVI

Era en 1913

EL barnumismo insaciable no cesaba de explotar la gloria del Poéta...

con objeto de dar vida a varias empresas a las cuales él, daba su nombre, después de su regreso de América, se hacia el reclamo en forma de banquetes, a tanto el cubierto....

y, se le banqueteaba, a todas horas, en todas partes, con todos los motivos....

y, él, se dejaba llevar mansamente, de Café en Café, de Restaurante en Restaurante, de mesa en mesa, como resignado a morir en manos de sus exhibidores sobre los manteles de un banquete, rodeado de camareros y coronado de *menus*;

estos banquetes por suscripción y, a precios económicos, satisfacian a mas del apetito, la vanidad de la cáfila ultraoceánica, de aquellos que se llamaban sus dicípulos, los cuales, por el modesto precio de cinco francos, hallaban la ocasión de poder contar en periódicos de sus terruños, que habian comido con el Poéta, y, casi todos añadian a eso, la crueldad de dispararle, sin provocación ninguna, de su parte un brindis en prosa o verso—casi siempre era esta última el arma elegida—que hacia enrojecer de vergüenza las cercanas aguas del Sena, y, hacian reventarse las bombillas del alumbrado, como una protesta de la electricidad contra la innoble maculación de la palabra....

los verdaderos amigos de Dario, admiradores y cultores de su Gloria,

permaneciamos, con muy raras excepciones, lejos de ese movimiento de empresarios, que tomaban el nombre del Aeda, como una marca comercial, para literatura de Exportación;

y, hacian en torno de ella, el reclamo;

en medio de la abulia soñadora, que parecia haberse apoderado del Poéta, él, comprendia el innoble tráfico de su nombre, que se ocultaba tras esta falsa admiración, pero, no tenía la fuerza de sustraerse a él....

además, era pobre, vivía de esos periodicos, y, de esas cosas....

¿que hacer?

dejar hacer...

así me lo decia él, muy triste, una tarde que habiendo logrado libertarse de su escolta, vagabamos por los jardines del Luxemburgo, atravesándolos para ir a comer, a un Restaurante muy apartado y muy quieto, sito en el boulevard Montpanasse;

allí me reveló todas las miserias, todas las explotaciones, de las cuales lo habían hecho, y lo hacian víctima...

no seré yo, quien levante el velo de esas intimidades, dichas a mi oido, y a mi corazón....

rememoramos lejanas épocas, especialmente una, en que él, habia vivido, en la rue d'Odessa, que nos estaba tan cercana, y, en ese mismo boulevard, que la noche acariciaba con una caricia azul...

son tristes, esas recordaciones, que los cirios del Pasado, no alcanzan a alumbrar y, llenan de un triste olor de cenizas....

¿quién será capaz de consolar el alma inconsolable de un Poéta?

vagamos despues largo rato, bajo las notas de oro de las estrellas, y los salmos errabundos del Silencio....

y, nos separamos en la *Avenue del Observatoire*;

él, descendió hacia el *Boulevard Saint Michel*; el abismo lo atraia....

yo, entré en la silenciosa *rue d'Assas*, y, me interné en ella, camino de mi soledad.. . . . . .

. . . . . .

Pocos dias después, ocurrió un incídente lleno de comicidad....

se dió un banquete a Dario, para coronarlo: *Principe de los Poétas*;

él, lo era desde hacia tiempo, por veredicto inapelable, pero acudió a aquella refrendación de su título, hecha por una cámara de anfitriones;

en el calor de la fiesta,llegó a oidos del Príncipe, un rumor que circulaba entre sus electores;

se decía, que a esa misma hora, en un Restaurante de la ribera izquierda, Blanco Fombona, Corredor-La Torre, y, yo, dabamos otro banquete, para coronar en él, otro *Príncipe de los Poétas....*

muchos de los electores de Dario, que ardian en deseos de que la fiesta se acabara, para ir a presentar sus homenajes al nuevo Soberano, apenas concluida esta, se dirijieron al lugar de la otra coronación, pero, con gran tristeza suya, vieron que no había ni sala del banquete, ni Poéta coronado, ni anfitriones proclamadores de un nuevo Reinado Poético...

y, este incidente de un bufonismo inocuo, no tuvo *suite*...

* * *

FINABA el año;

un otoño ocre y, azul, de un azul verdoso de aguas, moria tambien, entre la sangre virgen de los viñedos desfallecientes, haciendo de los campos de Gracia y Bonanova, uno como relicario de oro macizo, incrustrado de piedras multicolores....

una mañana radiosa, apareció bajo el emparrado de mi patio, la figura triste y meditativa del Poéta....

venía de Mallorca....

la prodigiosa belleza de la Isla, había deslumbrado por igual, sus ojos, y, su corazón....

y, parecía traer aún en sus pupilas, el deslumbramiento de esas visiones, y, eran como una quieta mar en la cual se reflejaran con los parajes de las montañas, los esplendores del cielo....

¿qué habia ido a buscar el Poéta, a la Isla Maravillosa?

la Paz espiritual....

la Paz, que no reside nunca, en el alma atormentada de los poétas;

entre las voces del mar, que le traían fulgores y, rumores orientales, habia oido las voces de las diez

campanas de la Basílica, llamando su alma a la plegaria, entre el candor de la tarde, y la egloga del valle adormecido....

y, había ido hacia la Cartuja....

los grandes y austeros silencios del Monasterio, lo atraían, como a Huyssman;

y, entró en ellos....

Dario, tenía el alma mística;

el Amor y, el horror del Misterio lo poseían....

y, fascinado por él, entró en la calma abacial, de los claustros solitarios, que prolongaban enormemente la blancura de sus mármoles, sobre el moaré de las sombras;

y, me confesaba, que había sentido el deseo vehemente de ser monje...

abismarse en la Meditación y, en la Contemplación;

apoyar las alas de su Musa, en esos dos polos inmóviles de la Poesía, que son como dos fuentes ascencionales de la Inspiración;

y, me mostraba sonriendo una fotografia que había hecho vestido

con el *froc* de los frailes insulares....

los monjes, recibieron la visita del Cisne, que cruzó el lago de su quietud sin perturbarlo;

y, lo vieron partir, indiferentes, sin aprender ni repetir una siquiera de sus sagradas melodias....

¿vieron en el alma romántica del Poéta, algo del alma también romántica y tormentosa, de aquel terrible rebelde que fué fray Anselmo de Turmeda, cuya sombra penitente vaga aun en la penumbra de sus claustros solitarios?

¿vieron en los dedos rojos del palmípedo, asomar la curva negra, de las garras de las águilas?....

el cisne voló de las torres del Monasterio, hacia el valle apaciguado y, sonriente, y, detuvo el vuelo en el lago de oro de sus ensueños, y, bogó en él, viendo ante el hieratismo de sus alas desplegadas, cerrarse lentamente, los ojos obscurecidos de las estrellas....

y, regresaba de la Isla;

y, estaba allí, bajo mi parra aun opulenta, yantando de mis agapes

familiares, gustando el vino, blondo como una dilusión de mieles, entre los muros de mi jardín, lleno de paz, sobre los cuales, el Silencio se inclinaba para escucharnos....

CAPITULO XVII

Era en 1914

DARIO, vivía muy retirado, muy lejos, por allá en una calle limítrofe, con el *Bois*, en un bello apartamento que sus empresarios habían amueblado para él.

los que se empeñan en pintar a Dario, como un bohemio incorregible, y vulgar, no lo han conocido o lo calumnian a sabiendas.

Dario, amaba el lujo, el confort, la elegancia, el buen vivir, el buen vestir, todas las formas de la exquisita distinción....

vivía bien, vestía bien, amaba tener su casa lujosa y su mesa bien provista;

justamente, en esos dias, me invitó a comer;

cuando llegué, esperaba ansioso, tras de los cristales de la ventana, porque él mismo había preparado uno de los platos que debían servirse.

como siempre que me sentaba a su mesa, no había mas invitado que yo;

pero, ese día, comia con nosotros, su hijo, el de su primer matrimonio, mozo garrido y correcto, que se le parecía extrañamente;

me lo presentó...

el mozo era serio, parecia inteligente, y, tenía las maneras cultas del que ha sido educado en buen solar; y, el suyo, era el de una antigua familia centro americana, gente de banca y sociedad, adinerada y culta;

no había visto casi nunca a su padre, y, no había sido educado en el culto de ese nombre, ya glorioso...

se trataban con una indiferencia formularia, y, cuando al partir el mozo, se besaron, aquel beso era tan frío, que parecía congelar la atmósfera.

—Es muy distinto a mí—me dijo Dario— No nos entendémos;....

de la escuela entró, momentos despues, un minúsculo *garcon*, cargado de libros, que brincó sobre las rodillas del Poéta, para besarlo;

tenía los bucles largos, los ojos negros, la palidez cerosa, y, a pesar de su corta edad, algo de la tristeza de Dario, en su faz de arcángel;

era el hijo último del Poéta, a quien él, llamaba cariñosamente: *Güicho....*

a la hora del café, tocaron a la puerta;

hubo carreras, cuchichéos, alarmas, despues una atmósfera de respeto, como cuando llega el cura a casa de campesinos supersticiosos;

era que llegaba un señor, que Dario me presentó, y, cuyo nombre, si

mal no recuerdo, era Piquet o Picard, el cual ejercia las funciones de representante de la «Nación» de Buenos Aires, en Paris, y era por ende, dispensador de beneficios de ese diario, y jefe de su legion de cronistas en Francia, y, segun me pareció comprender, había ejercido de escritor, en sus lejanas mocedades.

Dario, tenía por la «Nación» un cariño y, un respeto supersticiosos, que habrian aparecido como serviles, si la gratitud no los hubiera disculpado;

residía entonces, ocasionalmente en Paris, y, dirigia una Revista Pecuaria, Comercial y Literaria, Leopoldo Lugones, poéta rioplatense a quien Dario, tenia en una gran estima, y del cual constantemente me hablaba, siempre con el deséo de presentarmelo;

no llegó la ocasión.

Dario, venía a comer a veces conmigo, al Hotel;

amaba el espectáculo de los comedores radiosos, las mujeres en gran toilette, las mesas florecidas, todo ese tumulto elegante, de las

horas de las comidas en los Hoteles;

eso encantaba sus ojos de Poéta, enamorados de las bellas decoraciones, como de los bellos paisajes y de los bellos rostros femeninos, que son de por sí, los mas bellos paisajes de almas que puede ofrecernos la Naturaleza;

y, sucedió, que la primera noche que comió conmigo, había en dos mesas distintas, dos opulentas familias, argentinas la una, y, la otra peruana, compuestas casi exclusivamente, de damas, bellas y elegantes, casi todas ellas, en el esplendor de una divina juventud;

sabedoras, por un joven que nos había oido conversar en el salón, momentos antes, de que aquel que me acompañaba a la mesa, era el Gran Poéta, volvieron todas hacia él, sus bellos ojos admirativos, hechos tiernos...

se lo hice notar, y, sonrió, con esa sonrisa exclusivamente suya, tan suave, tan triste, que era como un rayo de pena entre sus labios sensuales;

bien pronto, las blancas manos

femeniles, se agitaron en las mesas distantes;

desaparecieron de los floreros las rosas pensativas, y los geranios pálidos;

hubo cuchicheos, y sonrisas, y, traidas por dos camareros, en sendos ramos, las flores triunfales, primorosamente atadas, fueron ofrecidas al Poéta;

homenaje de la Belleza al Genio.

Dario, conmovido, se puso en pie, apretó las flores contra su corazón, y, se inclinó en un gesto de gratitud reverente, hacia las mesas lejanas....

el público supo así, que el mas grande Poéta de lengua hispana, estaba entre nosotros....

y, aplaudió el homenaje....

. . . . . .

Llegó por aquel entonces, a Paris, un antiguo escritor y, diplomatico americano, al cual, relaciones de familia, me imponían el deber de prodigar atenciones que a otros, no prodigo....

era el provecto diplomático, rico en dineros y, en conocimientos li-

terarios, aunque estos últimos, de un lastimoso arcaismo;

hombre de mundo y de cultura, había conocido y tratado grandes escritores de otras épocas, pero, ahora, ansiaba conocer los *nuevos*, como nos llamaba él, a los que habiamos aparecido en las postreras decadas del siglo último;

yo, conocía bien pocos de estos, y, menos aún, que mereciesen el honor de una presentación, como exponentes significativos de un movimiento artístico o literario;

así pues, buscamos a Bonafoux, quien por residir fuera de Paris, concurre diariamente a un café, en los alrededores de la *gare Saint Nazzaire;*

el admirable panfletario, en el cual la violencia es una máscara que oculta el alma mas noble y, mas tierna, y, cuyas pasiones no son sino el grito de la Justicia, que es su diosa, a la cual ha consagrado sus ardores de apóstol, sacrificándole heroica y desinteresadamente su vida, fué para con mi presentado, de una amabilidad exquisita, aun-

que sus ojos vivaces y penetrantes, eran, a veces, turbados por resplandores de malicia, y su sonrisa se hacia burlona, ante la dialéctica retrospectiva y las lejanas añoranzas, de aquel que había visto los últimos días de Hugo, y, repetía con énfasis, los apóstrofes tronitantes de Gambetta;

a Gómez-Carrillo, lo hallamos en el Café Napolitaine;

hacia doce años que yo, no lo veía, a pesar de residir ambos en Paris;

no era ya el apuesto mancebo de otros tiempos;

una gran tristeza había en sus ojos soñadores, y, se extendian sobre su rostro, como un velo;

fué muy amable;

rememoramos nombres y tiempos pósteros, y estuvo exquisito de atención para con el admirador que yo le presentaba; en suma, encantador, como correspondia a aquel que ha absorvido y, refleja tan completamente: el Alma Encantadora de Paris; *

* A Blanco Fombona, no lo hallamos en casa suya, el día que a verlo estuvímos, y, a F. García Calderón lo conocía mi patrocinado, por concomitancias de la Diplomacia, a la cual ambos pertenecían.

fuimos a ver a Dario....
caimos en un mal dia....
el cielo y, el Poéta, eran opacos;
habia mucha bruma en los horizontes....
sin embargo, el Poéta, con un esfuerzo heroico sobre sí mismo, fue admirable de corrección, grave y cordial....
monosilábico y, taciturno, habló muy poco, en diálogos rápidos y, circunstanciales;
en cambio, oyó con atención exquisita, versos de Nuñez de Arce, y anecdotas sobre Valera, que mi presentado, recitaba con fervor, y, relataba, con elegante gracia cortesana;
lo rodeaba una nueva guardia de reclutas de la admiración, no muy numerosa, pero, si muy pintoresca, una colección de rostros y de calcetines de todos los colores;
esa guardia admirativa y, muda, hacía eco a los silencios del Poéta;
este, seguro de sernos agradable, ordenó que se leyeran capítulos de su novela inédita: «Oro de Mallorca»;

vi, con asombro, que la figura imperial y capuchinesca de Maximiliano, no aparecia por esos contornos, y fué un analecto desconocido para mí, quien leyó, con voz avinada, de chantre somnoliento, capítulos de la novela admirable;

el oro del Poéta, se hacía un cobre fétido, saliendo por aquellos labios;

abrevié la penosa escena, para libertar la divina prosa, de aquella profanación.

Dario, ceremonioso, nos acompañó hasta la puerta....

ya en la calle, mi acompañante, me dijo su extrañeza, por lo poco comunicativo del Poeta....

¿no sabia él, que la Naturaleza que dió la palabra a los loros, la negó a los cisnes?....

a estos, no les dejó sino el canto, un canto de crepúsculo, para resonar en el corazón de la Muerte, y, cantar en su agonía, todos los pesares de la Tierra, miserablemente engañada por el cielo;

la mudez de Dario, no desarmó la admiración del culto diplomático,

quien resolvió ofrecer en su casa, una comida, al reducido grupo de escritores, que yo le habia presentado;

la comida tuvo lugar, y fué servida, en el opulento apartamento, que aquel ocupaba, y hubo en ella el lujo discreto, y la elegancia señoril, de quien el hábito tiene de sentarse a mesas reales, y, congregar en la suya, a espíritus de valía;

y, a esta, nos sentamos con él, en esa noche, el eminente escritor y diplomático Francisco Garcia Calderón, Gómez-Carrillo y, yo.

Bonafoux se había excusado con anticipación.

Dario, lo hizo a ultima hora, o alguien lo hizo por él, tan torpemente, que dejó en descubierto la figura dolorosa del Poéta;

su excusa, se recibió al sentarnos a la mesa....

se hizo un gran silencio en torno de ella....

supresión absoluta de comentarios;

los que estabamos allí, amabamos demasiado al Gran Poéta, para hacerlos....

cubrimos su puesto vacio, con el velo del Silencio, y, el Poeta ausente nos acompañó en espiritu;

terminada la comida, hubo lectura de versos de nuestro anfitrión....

un rudo soplo del pasado, nos dió en el rostro....

la vieja Musa romántica, volaba sobre nosotros, y, de sus alas invisibles, parecia caer, una lenta lluvia de cenizas....

nos retiramos encantados, creyendo encontrar en el camino, la sombra de Balzac o de Musset, cuya época, acababamos de vivir unos minutos....

y, créo que evocamos cariñosamente, el fantasma del Conde de Cahors, y, la sombra de Barvey d'Aurevilly, con sus añejas y fastuosas elegancias....

mis compañeros encontraron encantadoras las maneras, y, la literatura de nuestro amable anfitrion;

mais un peu surannes. El meme trop—añadi yo....

. . . . . .

. . . . . .

* * *

Por ese don de intuición, que le es peculiar al Genio, Dario, parecía prever la catástrofe que iba a venir sobre Francia, y, sobre el mundo, y, una sorda agitación se apoderó de él, un deseo vehemente y, desesperado de partir, de abandonar a Paris, que había amado tanto....

era una desesperación, que tenía de la adivinación....

se diría que el divino Aeda, veia avanzar en lontananza, el tropel obscuro de los bárbaros....

desde que me había visitado la última vez en Barcelona, lo obsesionaba la idea de tener, en los alrededores de aquella ciudad, una torre, como la que habitaba yo, florecida, entre el mar y la montaña;

como hablabamos constantemente de eso, la obsesión, llegó a hacerse dolorosa en el Poéta....

y, resolvió partir;

me pidió presupuestos, que yo, no pude darle, por ser en eso tan ignorante como él, y, talvez de una mayor inexperiencia;

pero, ambos pensamos en Palacio Viso, que residía entonces allí;

espiritu amplio y fuerte, conocedor de la Vida, y, habituado a dominarla.

Dario, tenía un gran cariño por él, y una gran confianza en sus talentos y, energias, y le escribió;

yo, le escribí tambien....

y, Dario, partió....

en la Ciudad Condal, fue recibido y, agasajado como siempre....

pero iba ya herido de muerte....

Palacio Viso, le buscó una torre amueblada, en la Calle Tiziano, y lo instaló allí, bajo el sol radioso, a la sombra apaciguante de los árboles, cerca a las flores, que él amaba tanto, y, desde la cual, se veia en el horizonte lejano, el amplio mar sonoro, musitando su cántico de siglos....

como moscas pútridas, sobre el cuerpo indefenso de un cisne agonizante, todo lo abyecto, lo infecto, lo sospechoso, que el oleaje de las guerras americanas, había arrojado sobre la bella playa catalana, cayó sobre el Poéta, lo cubrió, lo ahogó, lo devoró....

la orgía explotadora rompió todos los diques de la Impudicia....

Palacio Viso, se retiró el primero, lamentando no poder salvar la dignidad del poeta que admiraba;

antes de morir el Poéta, hacia ya, llevar el duelo de su Gloria, a aquellos que más la amaban;

y, cuando la guerra estalló, y yo, llegué a Barcelona, no me tocó sino presenciar la *debacle* vergonzosa....

los cuervos devoraban al cisne....

ya, no era Dario, era el cadaver de Dario, lo que se disputaban....

Maximiliano, venía conternado y, casi lloroso a contarme las peripecias de aquella lenta agonía....

con el designio de salvarlo, reintegrándolo a la Patria y a los suyos el orador nicaragüense Alejandro Bermudez, concibió el proyecto de llevarse, esa sombra del que había sido Dario, a una serie de conferencias a América....

Maximiliano escribió a nombre de Dario, cartas solicitando los pasajes, para él, un Secretario y un criado....

para mendigar eso, se evocó su gloria de Poéta, y, su condición de diplomático desamparado....

Se obtuvieron los pasajes solicitados....

y, el Poeta, ya inconsciente y, enfermo, fué embarcado....

Maximiliano, vino a contármelo desolado....

él, había quedado en tierra....

el Poeta había partido, sin su Imperial Servidor;

y, este se sentía mas triste, que si hubiera perdido de nuevo, su trono mejicano;

este destronamiento, le era infinitamente mas doloroso....

en su angustia, le parecía, *haber sido fusilado por segunda vez,* en el «Cerro de las Campanas».... *

. . . . . .

* Estas palabras fumbonas adquieren hoy, una bien grave y triste significación. *Maximiliano,* acaba de ser condenado a muerte, y, probablemente ya ejecutado en París, por el supuesto delito de espionaje. ¡Pobre *Maximiliano!...* Sobrevivió bien poco a su Poéta. El verdadero nombre de *Maximiliano,* era: Julio Sedano.

CAPITULO XVIII

Era en 1915

ME llegaron despues ecos de la odisea dolorosa....

el Poéta asesinado, no acababa de morir....

¡cómo los cisnes tienen dura la Vida!....

el glorioso cisne, iba arrastrado hacia su fin fatal....

hacia la Muerte....

la Muerte....
ese Ocaso sin entrañas, que devora todos los soles....
la Muerte, que es también un sol;
el Sol de los Vencidos....

CAPITULO XIX

Era en 1916

HOY sé la muerte de Ruben Dario....

a esta noticia, pasan ante mí, las dos únicas cosas verdaderamente augustas de la Vida: el Genio y, la Muerte....

no es posible decir la muerte del Genio, porque el Genio, es Inmortal;

¡pobre poeta hermano que se va!

no ha muerto.... ha acabado de morir....

ultimamente, era ya un muerto, que llevaba sobre sus hombros el cadáver de su Genio....

fué por el mundo, ebrio de ensueños, y, ebrio de azul; sitibundo del beso de las estrellas....

cazador de astros y, de ritmos, su Vida, fué como *una música* lenta, de esas que dijo su bello decir.

Edgard Poe, Musset, Baudelaire, Verlain, Quincey, Wilde, Sivinburne; todos los Poetas del Dolor, fueron sus hermanos, pero él, los superó, porque fué mas rico que ellos, en la fuente de la Inspiración, y, en la fuente de las lágrimas....

él, conoció el Alma del Dolor, cuando los otros, no llegaron a conocer, sino el Dolor del Alma;

las letras castellanas, no tienen, ni rememoran, otro Poéta de su talla;

él, fué, el UNICO:

no tuvo antecesores, ni tendrá sucesores....

colocado en la confluencia de dos siglos, los domina a ambos....

fuera de toda Tradición, fuera de toda Escuela;

en un aislamiento sagrado, de Cima Solitaria....

los rios de la Armonía, bajan de esa Cima, hacia el desierto de las almas....

generaciones de Artistas y de Soñadores, apagaron y, apagarán su sed de Belleza, en esas fuentes....

nadie remontará hasta la Cima; nadie....

los lagos en que bogó el divino cisne, están en la nieve cándida, sobre la altura inaccesible, vecina al alto cielo, y solo las nubes lo vieron erguir el cuello lirico, y, lo oyeron desgranar las notas de su canto sobre el azul límpido, que nenúfares boreales ornaban en un gesto de muda adoración;

las notas de ese canto, han llegado hasta nosotros, como la descongelación de algo muy alto y, muy remoto, diluido en ondas de armonía....

el oro fundido de una estrella, y, las lágrimas de un dios, hechos música.

Dario, fué el alma inocente y, sinfónica, que amó los cisnes, por-

que encontró en ellos, el Simbolo de su alba candidez....

un perfume de niñez perpetua, impregna la Obra del Poeta, sobre la cual, brilla el candor de una mañana homérica, que no se extingue jamás sobre los cielos serenos.

Dario, fué siempre el Poeta niño, que él mismo nos pinta en sus reminiscencias, despertando a la orilla de los lagos, con una flauta pánida en las manos;

murió fronterizo a los cincuenta años, con el alma impúber de un catecúmeno cristiano, que bordára sus sueños, en las hojas trenzadas de una palma pascual;

no se maduró nunca;

no llegó a ser jamás, eso que se llama un Hombre, en el sentido doloroso y brutal de la palabra....

hubiera vivido siglos, y, habría muerto el mismo niño radioso y triste, que todos conocimos;

la Vida, lo hirió y, no lo manchó....

su alma tenía la oleosidad de las alas de sus cisnes amados, sobre los cuales el lodo resbala y, no se adhiere....

se durmió en el fango, y, permaneció impoluto, blanco, como un ánade salvaje;

nunca una alma mas pura, se albergó en un cuerpo mas pecador, sin mancillarse;

era, como un rayo de estrella, reflejado en el fondo de un pantano;

la luz permanece pura, nada puede contra ella, el verdoso temblor del fango infecto....

la Vida, lo entristeció, no lo envileció;

no pudiendo mancillarlo, se conformó con hacerlo llorar....

como a todos los Poétas;....

¿qué es un Poeta, sino una copa de lágrimas, en la cual se refleja el corazón del Sol?....

ningun dios ha muerto sin llorar....

como los hombres....

CAPITULO XX

SI como dice Pierre Louys, «la Poesia es una flor de Oriente, que no vive en nuestros invernaderos, y, es necesario ir a buscarla a las fuentes del sol» es preciso confesar, que Dario, nació trayendo entre sus manos, esa rosa de fuego;

él, venía de Oriente, aunque su cuna se meciese, en una aldea occidental, a las riberas de un lago, que retrata en su quietud, los palmares tropicales.

Poeta porfirogenito y sacerdotal, sus pórfiros y, los ritos de sus liturgias son orientales....

vienen de Asia;

no de la India misteriosa, que sintió correr en sus entrañas el rio taciturno del «Ramayana», sino del Oriente claro y límpido, que Siva Kamaru, pastelizo tan suavemente, en sus estrofas de gracia y de candor;

no hay en la Poesia de Dario, la opulencia de una selva asiática, sino la belleza de un jardin nipon;

sus árboles, no son las encinas milenarias, que vieron el rostro de los dioses, y, a cuya sombra se abren las mandrágoras fatales, sino los arbustos adolescentes y rectilineos, a cuya excasa sombra, desfloran los crisantemos, parejas de enamorados, con ojos en forma de almendra, y, una palidez enfermiza de camelias....

allí, no rujen los leones, ni saltan las panteras; el furor está ausente, de esos parajes plácidos, a donde solo cantan los ruiseñores y arrullan las palomas; solo el Amor impera en ellas....

allí, no vuelan águilas sobre mares en cólera, solo se ven abrir las alas suaves de los cisnes, sobre los lagos en calma....

no hay volotear de condores, cerca a los volcanes rugientes, sino un rumorear de abejas de oro, en torno a los rosales dormidos....

el orientalismo de Dario, no es el indualismo brumoso y enorme de Leconte de Lisle, donde lo mayestático, toma proporciones desmesuradas;

no es tampoco el orientalismo visual y trashumante, con olores de geisha, que el exotismo encantador de Pierre Lotti, nos da en sus páginas deliciosas, dulcemente sensuales, como escritas por el capricho de una bayadera sentimental;

el de Dario, es un orientalismo, Extremo-Oriente, y, Sol Levante;

orientalismo de jardines diminutos, de flora sin perfumes, de fauna sin grandeza, todo artístico, todo bello, todo inánime y pictural;

un niponismo, inimitable, y, frágil, lleno de vuelos de libélulas, sobre princesas dormidas, que tienen

la elegancia lánguida de un iris, y, el misterio lagunar de un lotus;

preciosismo voluptuoso y tierno, en el cual solloza el alma del Poéta, como el sonido de una flauta genebunda, sobre un jardín en otoño, a la hora crepuscular....

él, introdujo en la literatura, ese impresionismo japonés *mievre* y, pueril, que si en él, fué admirable, por serle personal, innato y constitutivo, fue fatal, al degenerar en sus imitadores, pues nos dió esas generaciones de versificadores endebles, paisajistas de biombo y de abanico, grabadores en lacas de Coréa, preciosistas de *etagere*, bibelotistas malgachos, sin fuerzas y sin vuelo, con alas de pájaros-moscas, cuya cima más alta llegó a ser la copa de un rosal, y, que prisioneros de la miel con que pintaban sus acuarelas, no lograron alzarse nunca hasta las ramas apolineas del laurel;

apesar de sus imitadores, Dario fué: Inimitable;

el Talento, se imita; el Genio, no....

el sueño oriental de Dario, su asiatismo contemplativo, su pan-

teismo vestido de liturgia católica, su olimpismo cristiano, que cubría al triste Galileo, con la túnica de Apolo, y, le ponía alas en los pies, como a Mercurio, superó en belleza musical y didáctica, a los mejores poemistas, sin llegar sin embargo, por el Pensamiento y la Emoción, a la grandeza arquitectónica de los grandes factores de poémas;

la distintiva de la Musa de Dario, era la Gracia, no era la Fuerza;

una gracia helenica y, malabar, que tenía perfecciones de diosa, y, lineamientos clásicos de Sacerdotisa en una danza sagrada;

musa hindua, cubierta de amuletos, oficiando en aras griegas, no dejaba de hacer grandes genuflexiones hacia el Occidente, pensando en la selva obscura donde dormían sus dioses primitivos;

los olivos y los laureles de Grecia, eran demasiado pequeños para ocultarle la visión grandiosa, de sus obscuros bosques tropicales;

a pesar de todos sus refinamientos, la Musa de Dario, permaneció bárbara....

esa fué su única fuerza....
talvéz, su sola fuerza....

el divino bárbaro, extraía las mariposas de sus estrofas, a las urnas volcadas de la antiguedad, y, las libelulas empurpuradas volaban hacia Occidente, y batian sus alas en la opulencia de los bosques folescentes, donde salmodia el alma de las viejas razas indias, bajo el palio azul de las campánulas silvestres;

por eso sus versos, eran un milagro de arte exótico, y de condensación pictural, acuarelas miliunochescas, donde el claror rosa y, perla de los cielos áticos, se mezcla al topacio obscuro y, el bermellón encendido de los cielos de Occidente;

aquel Aeda indio, que había hablado con los dioses del Olimpo, y, se había sentado a los banquetes de Platon, era un cincelador cellinesco y prodigioso, que cincelaba en la pompa episcopal de sus amatistas, camafeos admirables, donde las constelaciones se plegaban bajo sus dedos, como serpientes de luz, para trazar geroglificos y horóscopos, ante los ojos meditativos de los oráculos;

no había en el cincel de aquel aurifice, fuerza para la creación de una estatua, pero, sus admirables miniaturas, recuerdan aquellas diminutas figuras de dioses, que talladas en un marfil, pálido, cuasi cristalino, ofrecen las manos delgadas y, amarillas de los bonzos, en el silencio de las pagódas búdicas;

la Musa de Dario, no era una águila;

era un cisne;

ya lo he dicho;

su vuelo, lento y, grave, no abarcó la curva de las montañas;

fué un vuelo ritmico y suave, de un lago a otro lago, por sobre las flores abiertas de un rosal; uno de esos rosales eucarísticos, a cuya sombra se dormía el lago nocturnal de sus quimeras;

su Musa, era palmipeda, y bogaba, mas que volaba sobre el lago pensativo;

perdía toda gracia, fuera del espejo lacustre donde se reflejaban sus alas simbólicas, y su cuello nítido, semejando un interrogante de ámbar incrustado en un zafiro;

este divino cisne, no dejó hijos de su Genio, pero, bajo sus alas, se incubaron ánades bastardos y, gansos líricos, que pusieron pavor, en las cimas del Parnaso, por sus graznidos espantables;

ya se hundió en el Misterio Inexorable, la silueta del cisne pensativo; y, el candor de sus alas hizo blancas las negruras del lago extremecido;

tuvo en la sombra un séquito de estrellas enredadas al remo de Aqueronte;

sobre las riberas lúgubres, los cipreses de la Inmortalidad, se inclinaron en una reverencia de siglos;

y, los mirtos de la Gloria, florecieron en una floración de Eternidad.

CAPITULO XXI

¿CUAL fué la influencia de Dario, en la Poesia Castellana, de estos dos siglos—fenecido el uno, y naciente el otro—en que le tocó vivir?

¿fué un Innovador?

¿fué un Destructor?

¿fué un revolucionario este Lutero de la Rima, que se alzó en rebelión contra los dogmas de la Métrica, y los rompió sobre la cabeza polvorienta de los dioses?

talvéz no fué sino ese algo tan raro, tan luminoso, tan trascen-

dental y, tan fuerte, que se llama: un Hombre Libre;

¿cómo ese Hombre, todo pasividad y, todo miedo, cargado con todas las esclavitudes, de rodillas ante ellas, sufriéndolas y cantándolas todas, desde la de Dios, hasta la de los tiranos tropicales, pudo combatir por la Libertad, sin otras armas que una lira, antibélica en la mano?.... por un esfuerzo de Individualismo;

de autoctonía del Genio;

el Genio, es Personal;

no hay Genio Colectivo;

ninguna Escuela, ha producido un Genio;

y, ningun Hombre de Genio, ha pertenecido a una Escuela;

el Genio, es un inmenso *Yo;*

aislado y, solitario;

asi fué Dario....

cuando el dijo: «Mi Poesia, és mia, y está en mí;» dijo una gran verdad;

le faltó audacia, o comprensión o clarividencia, para decir:

Mi Poesia soy Yo....

y, eso fue él;

una Poética;

personal: Unica;

ya lo dije en otra ocasión, hablando del movimiento literario iniciado por Dario *

ese no fué un movimiento poético, sino un movimiento retórico;

no giró sobre la esencia del Verso, sino sobre la *forma* del Verso;

fué una revolución, contra la Métrica, no contra la Poética.

Dario, no innovó sino en la factura de las estrofas, no en el alma de ellas;

resucitó viejos ritmos, e introdujo ritmos nuevos;

él, desenterró la espada lírica de Garcilazo, y, la unió al baston de peregrino de Rimbaud;

hizo cantar a Santa Teresa, acompañada por el violin perverso de Verlain;

hizo danzar el solideo de Gongora, en las manos profanas de Mallarmé;

embriagó a San Juan de la Cruz, con el ajenjo de Baudelaire;

aprisionó las rimas de Banville, en la red arcaica de Jorge Manrique;

e hizo de todo eso, esa Poesía

* *Revista de América.*—Numero XXVI.—París, Julio, 1914.

mignon rutilante y racinesca, preciosa y exquisita, que fué su Poesia;

de todos esos afluentes, tan bellos y tan raros, venidos de tan diversas zonas de la Métrica, hizo el rio terso y luminoso, sin cataratas y, sin profundidades, que fué su Versificación;

la Belleza, no la Grandeza, es la característica de la Obra de Dario;

obra anti-ideológica, y de pura figuración verbal; lo que hay de admirable en ella, está en el *cuerpo* del Verso, mas que en el *alma* del Verso mismo;

toda su belleza, está en la música y la forma;

tal es la perfección, la armonía, el encanto alado, y la euritmia de lineas de esos vasos de selección, tan primorosamente labrados, que son sus versos;

mágico hacedor de ánforas, no es rico en esencias, pero una sola gota de la que posée, puesta en el envase luminoso, basta para perfumar el ambiente viciado de los siglos.

Dario, no es un lirico.

Dario, es un sinfónico;

para lírico, le falta vuelo;

para romántico, le falta emoción;
como sinfónico, supera en armonias;
su música, es música de cámara y, de egloga;
su flauta, es una flauta de zagal, hermana de los valles, de las fuentes y, de los crepúsculos;
no hay envergadura bastante en el velamen de su barca, para cruzar los mares emocionantes del lirismo;
apenas si la quilla de su esquife puede romper las olas límpidas, del lago de sus sueños, lejos de todo escollo, fuera de toda tempestad;
el fuego, el esplendor de los líricos poderosos, no reinan en aquellas rimas sabias, donde el ala en furor de los huracanes, no trepida nunca, y, apenas el vuelo de las palomas; hace oleajes de paz, bajo los cielos serenos;
aún en la marcialidad, rarisima y, puramente didáctica, de ciertas estrofas, como las de la «Marcha Triunfal», hay tal carencia de vuelo heroico, que los paladines, tienen la talla de gnomos belicos, y, las águilas, que vuelan sobre los estandartes, semejan abejas de oro, esca-

padas a las colmenas de Virgilio;

hasta el Olimpo, toma proporciones miniaturescas, en las manos de aquel divino orfebre, crecido mentalmente, en los jardines de la Hélade, cerca del radioso candor de los mármoles desnudos;

no és el alma del Bramante, sino la de Benvenuto, la que reside en aquel artífice supremo, capaz de grabar sobre una malaquita virgen, toda la historia artística del Renacimiento en acción;

la grandiosidad, la heroicidad, la enormidad, están ausentes de esa Musa, hecha toda de suavidades, de opacidades, y de delicuescencias;

pintor de gobelinos, y de *arazzos*, sus cuadros bucólicos y versallescos, de un idilismo perverso, tienen el sabor de madrigales luisquincentistas, escritos en el abanico de una duquesa facil, por un abate sabio y lascivo, émulo de aquel divino cisne que calentó sus plumones cerca a las carnes de Leda;

esos versos, se diría que son ápteros, mas que alados, tanto así las palabras semejan esos insectos lumi-

nosos que volotean, iluminan y hacen porticos fulgentes en la gran calma nocturna de los bosques tropicales;

todo, hasta el Amor, carece de grandeza y de violencia, en los versos de Dario;

sus pasiones, son artísticas, por no decir artificiales;

no hay en sus cantos, emocion pasional, sino emoción cerebral.

Dario, no es de esos poetas, que enseñan a amar; él, no enseñó sino a cantar el Amor;

hay demasiada intelectualidad en sus versos, para que haya en ellos, una emoción que no sea superficial;

solo ese intelectualismo agudo, puede permitir ese refinamiento artistico, en el cual, la emoción pasa sobre las almas, como el viento sobre las estatuas de un jardín, sín descomponer una facción de los rostros, ni un solo pliegue de las túnicas;

como ninguna gran pasión, que no fuera la pasión del Arte, devoró la vida de Dario, solo el Arte, impera en sus versos, con el poder de una gran pasión.

Dario, vivió el amor sexual, y,

no cantó sino el amor cerebral;
un amor de convencionalismo artístico, como el que algunos han sentido locamente, por las estatuas, es su vano deseo de darles vida;
amor de Pygmaleon;
como las mujeres que se mezclaron a su vida, no lograron llenarla, él se enamoró del Mito del Amor, de las Galateas imposibles, de las princesas lejanas, y enredó sus sueños a las trenzas rubias de las cabezas adorables, que van por los parques señoriales, trazando surcos de luz, bajo el verdor de los árboles;
como su vida de amor, era tan miserablemente triste y vacia, tuvo necesidad de poner su sueño en las estrellas, para escapar a la espantosa vulgaridad que lo rodeaba;
y, eran sus versos, como un vuelo de libelulas fugitivas, alzadas del fango de un pantano;
atraidas por el sol;
por eso hay tristeza en los versos de Dario, pero no hay ternuras;
ningun verso suyo, ha sido bautizado por una lágrima, arrancada a los ojos que lo leen;

el don de las lágrimas, le fué concedido en abundancia;

pero, para verterlas, no para hacerlas verter;

sus versos de Amor, son acuarelas sentimentales, de un artificio visible, y, de un efecto innegable.

Dario, no fué un romántico;

estaba a tanta distancia del Romanticismo, para el cual, le faltó ternura en el alma, como del Lirismo, para el cual le faltó, fuerza en las alas;

y, por eso, no salió nunca de la Poesia Intelectual, que fué su escuela;

de la Cerebralidad aguda;

del Arte Puro;

del Refinamiento;

del Preciosismo;

del Exotismo;

por eso no fué un Poéta luchador;

ni un Poéta agitador;

fué un Poéta educador;

un Poéta Soñador;

desdeñó todo proselitismo, que no fuera el de la Belleza, de cuyo culto fué el Pontífice Indiscutible e Insuperable, en tierras del habla hispana;

por eso, no salió nunca de las regiones de *su Arte*;

y, no ensayó el gran Poéma Lírico;
ni el Drama Lírico;
ni la Novela Lírica;
y, permaneció EL.
Ruben Dario;
el *Poéta Unico*;
el Primero en su Idioma;
y, uno de los primeros en el Mundo, si el Mundo tiene otro igual.

CAPITULO XXII

DARIO, apareció en América, cuando el Lirismo Romántico, rendía sus últimos vuelos, y, descendia del cielo, hacia las cimas, y hacia el corazón de las montañas, con los condores de Olegario Andrade, rojos de sangre, las águilas de Diaz Mirón, trémulas de cólera, y, las mariposas de Gutiérrez Nájera, que hacian blanco el follaje de los bosques, al plegar sobre ellos el vuelo para morir;

y, fué desconocido;
los papagayos de la Crítica, lo burlaron;
y, los monos de la Prensa, hicieron sobre él, su gesto ignominioso;
el Clasicismo vetusto, tendió contra el Poéta, sus brazos de Momia, desde el fondo de esos hipogeos, que el llama, sus Academias de la lengua;
grotesca y trágica, al mismo tiempo, la Tradición Literaria, se alzó contra el bardo innovador;
y, el Pasado, lo escupió en el rostro, con su boca de cadáver;
entonces fué a España;
llegó a la Península, en dias de vencimiento, cuando se amordazaba al viejo león vencido, por miedo de oirlo rugir;
eran ya los dias tristes, en que se volvía la espalda a toda grandeza, y empezaba a sentirse el horror de ella;
en Literatura, no tenia el Olvido, regiones bastantes remotas, en donde desterrar los últimos épicos, y, los últimos líricos.
Zorrilla y Núñez de Arce, eran

grandes barbaros, cuyos gritos de combate era preciso apagar con el desprecio, y proscribir a la Sarmacia del Ridículo.

Gedeón, se hizo la Biblia Nacional; Luis Taboaba, tuvo las proporciones de un Profeta;

fué el Homero, de la Iliada de lo grotesco, que no tardaría en aparecer;

del Teatro, fueron proscriptos Echegaray y, los últimos líricos;

era el alba del Genero Chico;

el reinado de la astracanada, estaba ya proximo;

comenzaba a profesarse, el odio ciego a todo lo sublime;

el culto de lo pequeño, se hacia una religión;

todo gesto amplio, aparecía como violento;

toda voz alta, era una discordancia;

se puso sordina a todas las pasiones que no fueran las de la sumisión y, el vencimiento;

se hablaba bajo, y se escribia mas bajo todavia. . . . . .

. . . . . .

En esa feria de laxitudes y de silencios, llegó Dario;

sus paisajes de acuarela, su flora sin vivacidades, y, su fauna sin violencias, hechas de nenúfares pálidos, y de ánades mas palidos aún, hallaron una atmosfera propicia;

las sonatinas, encontraron oidos fatigados, que las escucharon con placer, y, labios trémulos, que las repitieron con ternura;

bardos adolescentes se preguntaban: ¿qué tendrá la Princesa? y, se apasionaron por todas las Ofelias que surgian de las estrofas armoniosas del Poéta.

Margarita Gautier, volvió a tener admiradores juveniles, como en los tiempos ya lejanos de Dumas;

fué una ráfaga de preciosismo intelectual;

pero, la influencia de Dario, no tomó en la Peninsula los caracteres de epidemia, que había de tener luego, en la América del Sur;

lo que se ha llamado en España, el Novecentismo, ese Renacimiento que iniciaron en la prosa Valle Inclan, Manuel Bueno, Benavente,

Baroja y, otros, y en la Poesía: Villaespesa, Antonio y Manuel Machado, Marquina, Cristobal de Castro, Pujol, y Zayas, estaba aún en la cuna, y, no sufrió la influencia inmediata y directa del Poéta;

todos ellos, lo hallaron después en su camino, y, le rindieron homenaje;

sintieron, mas la admiracion, que la influencia de su Génio;

y, no puede decirse que fueran sus discípulos;

las viejas ánforas, que Dario rompió con su Nueva Metrica, no pudieron ser rehechas, por aquellos que lo odiaban, y las que el hizo, no pudieron ser imitadas, por aquellos que lo admiraban;

no tuvo, ni discípulos ni rivales;

fué Solo....

Unico....

el verdadero Artista, cría su tipo de Belleza;

no lo copia;

fabrica la copa maravillosa, en que vierte el licor de su Genio, que ha de embriagar al Mundo;

la facultad servil, de la imitación,

se ensaya sobre ese modelo, que profana sin destruir;

el modelo, permanece eterno, como toda forma de Belleza creada;

los imitadores, mueren de admiración impotente, cerca al modelo inmutable, y, son como abejas vencidas en torno del rosal en que libaron;

feliz la edad, que ha poseido un Genio; un arquetipo inmortal, creador de formas inmortales de Belleza;

como Ruben Dario....

. . . . . .

Un crepusculo denso caía ya, sobre la Vida, y sobre la Obra del Poéta;

el sol de la celebridad empezaba a declinar sobre un cielo de Olvido;

los aureos olivares, que lo circuian quedaron pronto desiertos;

sus jardines, empezaban a entrar en soledad;

su gloria, empezaba a tener para él, inclemencias de sepulcro;

respetado, amado, admirado, era sin embargo, ya algo como un dios sobre el ara de un templo vacio;

sus cisnes yacian inmóviles, a sus

pies, cerca a las ondas del lago taciturno hecho violaceo;

agobiado por la corona inmortal de sus triunfos, volvió la Vida, a los dioses sus hermanos, y se fundió en ellos;

«llegó a la barca negra.
Y lo vieron hundirse.
En las brumas del lago del misterio.
Los ojos de SUS *cisnes»*

París-Abril 1917.

PLEASE DO NOT REMOVE
CARDS OR SLIPS FROM THIS POCKET

UNIVERSITY OF TORONTO LIBRARY

PQ
7519
D3Z95

Vargas Vila, José Mariá
Rubén Darío

UTL AT DOWNSVIEW
D RANGE BAY SHLF POS ITEM C
39 10 09 02 03 005 8